

SIETE MENSAJES UNA IGLESIA



OSVALDO REBOLLEDA

SIETE MENSAJES UNA IGLESIA



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica: **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....5

Capítulo uno:

El primer mensaje para la Iglesia.....10
De Éfeso a la actualidad

Capítulo dos:

El segundo mensaje para la Iglesia.....28
De Esmirna a la actualidad

Capítulo tres:

El tercer mensaje para la Iglesia.....41
De Pérgamo a la actualidad

Capítulo cuatro:

El cuarto mensaje para la Iglesia.....58
De Tiatira a la actualidad

Capítulo cinco:

El quinto mensaje para la Iglesia.....71
De Sardis a la actualidad

Capítulo seis:

El sexto mensaje para la Iglesia.....	85
De Filadelfia a la actualidad	

Capítulo siete:

El séptimo mensaje para la Iglesia.....	100
De Laodicea a la actualidad	

Conclusión Final.....	114
------------------------------	------------

Reconocimientos.....	119
-----------------------------	------------

Sobre el autor.....	121
----------------------------	------------



INTRODUCCIÓN

“No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas. El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.”

Apocalipsis 1:17 al 20

Hay palabras que el viento se lleva, frases que mueren al ser pronunciadas, promesas que se borran con el tiempo. Pero hay una voz que jamás se apaga, una palabra que atraviesa los siglos y sigue sonando con la misma fuerza con la que salió de la boca de su Autor: la voz de Cristo, el Señor de la Iglesia.

Esa voz resonó con poder en una pequeña isla llamada Patmos, donde el apóstol Juan, exiliado por su testimonio de Jesús, fue arrebatado en espíritu y vio lo invisible. Allí, en el silencio del destierro, se le reveló la gloria del Cristo resucitado. Ya no era el Jesús de Galilea, humilde y sufriente, sino el Hijo del Hombre glorificado, cuyos ojos eran llama de fuego y cuya voz era como estruendo de muchas aguas.

Antes de mostrarle el futuro, Cristo habló a su Iglesia en el presente. Siete cartas fueron dictadas, siete mensajes enviados a siete comunidades en Asia Menor. Pero no eran solo para ellas: eran y son para toda la Iglesia a lo largo de la historia, por eso determinó que quedaran registradas. La eternidad entera se inclinó sobre esas palabras, y el Espíritu Santo las dejó grabadas para que hoy, más de dos mil años después, nosotros podamos escucharlas y obedecerlas.

Cada carta es como un espejo en el que la Iglesia se mira y descubre sus luces y sombras, sus victorias y derrotas, sus amores y olvidos. Cristo habla como Señor soberano, conecedor de cada obra, de cada secreto escondido en los pliegues del alma de su pueblo. Sus palabras no son opiniones pasajeras, son decretos eternos que invitan a vivir en santidad, fidelidad y amor hasta el fin.

He considerado que esos mensajes son lo suficientemente poderosos como para escribir este libro, dirigido a la Iglesia actual. Como maestro de la Palabra, me siento profundamente entusiasmado de compartir con ustedes los consejos, exhortaciones, advertencias y mandatos del Señor a su Iglesia, “Su única Iglesia”.

Las siete ciudades a las que Cristo habló no fueron elegidas al azar. Eran comunidades reales, situadas en el corazón del Imperio Romano, rodeadas de paganismo, idolatría, comercio y persecución. Cada una vivía su fe en medio de un ambiente hostil, con desafíos espirituales muy concretos que siguen siendo muy actuales.

Éfeso, la ciudad del primer amor perdido, un centro comercial y religioso donde el activismo podía reemplazar la intimidad con Cristo. Esmirna, la iglesia pobre a los ojos del mundo, pero rica en fe y fidelidad en medio del sufrimiento y la persecución. Pérgamo, el lugar donde “estaba el trono de Satanás”, donde la tentación de comprometer la verdad se mezclaba con la presión cultural.

Tiatira, pequeña pero activa, luchando contra la falsa enseñanza que seducía con tolerancia al pecado. Sardis, con fama de estar viva, pero espiritualmente dormida y al borde de la muerte. Filadelfia, débil a los ojos humanos, pero fiel al Evangelio, sosteniendo la puerta abierta que el Señor mismo había puesto. Y Laodicea, próspera y autosuficiente, pero tibia, necesitada de vestiduras, colirio y fuego del Espíritu.

Estas iglesias existieron en un contexto histórico real, pero las enseñanzas que recibieron de parte del Señor son también un mapa espiritual para la Iglesia en todas las épocas. Cada creyente puede encontrar en ellas un retrato de su propia vida; cada congregación, un diagnóstico de su salud espiritual; cada generación, una advertencia y una promesa.

El Cristo glorificado se presenta en cada carta con un título distinto: como el que tiene las siete estrellas, el que sostiene la espada de dos filos, el que es fiel y verdadero, el que tiene ojos de fuego y pies como bronce ardiente. Él se revela de acuerdo con la necesidad de su pueblo. A veces viene para animar al abatido, otras para despertar al dormido, otras para confrontar al tibio o al tolerante. Siempre viene con

gracia y verdad, con amor y autoridad, llamando a su Iglesia a volverse de corazón a Su gobierno divino.

Este libro no pretende ser un comentario técnico ni un análisis frío de textos antiguos; creo que ya existen muy buenos libros con ese perfil. Este libro es, más bien, un llamado a oír la voz de Cristo en nuestros días. Cada capítulo será un encuentro con el Señor de la Iglesia, un viaje espiritual donde dejaremos que su palabra nos examine y nos transforme.

La Iglesia de hoy, como la de Asia Menor, vive tiempos de confusión, presión cultural, persecución abierta en algunos lugares y comodidad peligrosa en otros. Las cartas de Apocalipsis no son un eco del pasado; son la voz del presente y el anticipo del futuro. Nos muestran que Cristo no es un espectador lejano: Él camina en medio de sus candeleros, observa, ama, reprende, corrige y promete vida eterna a los que vencen.

Siete mensajes para siete Iglesias. Pero una sola Iglesia a lo largo de la historia. Un solo Cristo que habla. Y una sola respuesta posible: ***“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias...”*** Las Iglesias que componen la única y gran Iglesia global.

Este libro es una invitación a detenernos y escuchar. A dejar que el Espíritu Santo encienda nuestra lámpara, avive el primer amor, nos libre de la tibieza y nos haga vencedores.

Porque las palabras de Cristo no son advertencias para asustar, sino llaves para entrar en la plenitud de la vida eterna.

El libro del Apocalipsis, también conocido como la Revelación de Juan, se cree que fue escrito entre los años 95 y 96 d.C., durante el reinado del emperador Domiciano. Por lo tanto, estamos hablando de escritos con más de dos mil años de antigüedad. Sin embargo, son tan actuales como el diario de hoy, porque su esencia es espiritual y eterna.

Cuando leemos atentamente las exhortaciones y los consejos del Señor a las siete Iglesias de Asia Menor, no podemos más que admitir que son absolutamente actuales: eternamente sabias y llenas del poder de Cristo. Si pretendemos entrar en los últimos tiempos como una Iglesia empoderada en la unción, debemos tomar nota de cada palabra del Señor y analizar, con humildad, qué cosas necesitamos ajustar.

Que al pasar por estas páginas la Iglesia despierte, ame más, persevere mejor y trabaje en pos de provocar los cambios necesarios para que alcancemos la verdadera unidad, y el rango de autoridad espiritual que nos permita funcionar en el poder del Reino, manteniéndonos fieles hasta la gloriosa venida del Señor.

“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último.”

Apocalipsis 22:12 y 13

Capítulo uno

EL PRIMER MENSAJE PARA LA IGLESIA

De Éfeso a la actualidad

“Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto...”

Apocalipsis 2:1

Éfeso era un nombre que despertaba admiración en el mundo antiguo. Su sola mención evocaba imágenes de grandeza: avenidas amplias cubiertas de mármol blanco, mercados repletos de productos llegados de todos los rincones del Imperio, teatros gigantescos donde multitudes se reunían para presenciar espectáculos y discursos.

Pero por encima de todo, Éfeso era conocida por el majestuoso templo dedicado a Artemisa, diosa de la fertilidad y la caza, orgullo de la ciudad y una de las siete maravillas del mundo. Allí, la idolatría no era una opción privada; era el alma misma de la cultura y de la economía. El humo de los sacrificios, el sonido de los cantos paganos y el desfile

constante de peregrinos y mercaderes envolvían la ciudad en un ambiente religioso que exaltaba todo, menos al verdadero Dios.

Fue allí, en ese lugar donde los hombres adoraban lo creado y no al Creador, que la luz del Evangelio comenzó a brillar. El apóstol Pablo, acompañado de otros siervos del Señor, predicó con tal poder que los habitantes de Éfeso empezaron a abandonar sus ídolos. Los comerciantes de imágenes de Artemisa se enfurecieron porque sus negocios caían en ruina, y la ciudad entera fue sacudida por el nombre de Jesús. La iglesia de Éfeso nació en medio de la oposición, pero también de una gloriosa manifestación del poder de Dios.

Con el tiempo, aquella comunidad se hizo conocida por su firmeza doctrinal y por su arduo trabajo en la obra del Señor. Sus miembros soportaron persecución, resistieron a los falsos maestros y defendieron la pureza del Evangelio cuando otros preferían callar para evitar problemas. Éfeso era, a los ojos de los hombres, una iglesia ejemplar. Pero la mirada que realmente importa, la del Cristo glorificado que camina entre los candeleros, reveló una capacidad de ver lo que nadie más podía percibir.

La carta que Juan recibe en Patmos comienza con la imagen de Jesús sosteniendo las siete estrellas en su mano derecha y andando entre los siete candeleros. Es la imagen de un Señor cercano, presente, íntimamente ligado a su Iglesia.

Él conoce las obras, los esfuerzos, la perseverancia, la valentía doctrinal. Nada escapa a sus ojos de fuego.

“Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.”

Apocalipsis 2:2 y 3

Con estas palabras el Señor abrió un horizonte insondable para la iglesia de Éfeso y para nosotros a través del tiempo. No son palabras frías ni distantes, sino la expresión viva del que camina en medio de los candeleros de oro, del que se inclina para observar de cerca la vida de sus hijos y la labor de su pueblo.

El Cristo glorificado, cuyos ojos son como llamas de fuego, ve más allá de la superficie. Nada de lo que se hace por amor a Él se pierde en el olvido: ni un acto de servicio, ni una lágrima derramada en silencio, ni una renuncia hecha por fidelidad a su nombre. Su mirada atraviesa la multitud de acciones externas y alcanza la motivación más íntima. Él conoce el esfuerzo, el sacrificio, las batallas libradas en lo secreto y el peso que se lleva en el corazón mientras se persevera en medio de un mundo hostil.

En el perverso ambiente de la ciudad de Éfeso, en medio de esa cultura contaminada e idólatra, la iglesia no se

refugió en la pasividad ni cedió al conformismo. Jesús reconoce que sus hijos habían trabajado arduamente, hasta el límite de sus fuerzas, por sostener la luz de la verdad en medio de las tinieblas.

El término que usa el texto original para “arduo trabajo” describe un esfuerzo que lleva al cansancio extremo, un servicio que se realiza a pesar del desgaste y la fatiga, impulsado por una causa mayor que el bienestar propio. Éfeso era una iglesia activa, perseverante, que no vivía de una fe teórica, sino que se desgastaba en la obra del Señor, aun cuando el precio a pagar era alto.

Pero no solo se les reconoce la labor intensa. El Señor se complace también en su firmeza moral y espiritual: “**No puedes soportar a los malos...**”, les dice, y esas palabras revelan el corazón de una comunidad que no se dejaba seducir ni intimidar por el pecado ni por la corrupción disfrazada de piedad.

En un tiempo donde falsos apóstoles circulaban proclamando mensajes torcidos, buscando autoridad y reconocimiento sin haber sido enviados por Dios, Éfeso se mantenía alerta. Probaban a los que decían ser apóstoles y no lo eran; examinaban sus palabras, sus frutos, su doctrina, y descubrían cuando había mentiras.

Es claro que tenían discernimiento espiritual. No se dejaban engañar por títulos rimbombantes ni por el brillo superficial de lo espectacular. Eran guardianes de la verdad,

un muro de contención frente al engaño. Y en ello había dolor, porque confrontar la mentira les traía oposición, y vivir en santidad en medio de un mundo que aplaude la impiedad les generaba rechazo y sufrimiento. Sin embargo, eligieron la fidelidad por encima de la aceptación social, la verdad por encima de la comodidad.

El Señor continúa describiendo el corazón de su iglesia diciendo: *“has sufrido... y no has desmayado...”* Estas palabras pintan la imagen de una comunidad probada por el fuego, golpeada por las circunstancias, quizá perseguida, marginada o señalada, pero que se negaba a retroceder.

No se trataba de un cristianismo fácil ni de un camino sin espinas. Seguir a Cristo en Éfeso implicaba cargar la cruz a diario, enfrentar la burla, la presión del entorno, las tentaciones de volver atrás. Y, sin embargo, allí estaban: trabajando sin descanso, perseverando cuando todo en ellos clamaba por detenerse, sufriendo sin claudicar, porque una fuerza mayor los sostenía: el deber de cumplir una tarea.

Este era el motor que los mantenía en pie cuando la fatiga física y el desgaste emocional parecían consumirlos. No buscaban honores humanos, no edificaban su propia gloria, no servían para ser vistos, sino porque el nombre de su Señor les había conquistado el corazón, y ese amor los hacía insistir donde otros habrían renunciado.

El mensaje a Éfeso nos traslada inevitablemente a la iglesia de hoy. Cristo sigue caminando en medio de sus

candeleros, sigue observando, sigue conociendo. Y una pregunta se eleva en nuestro interior: ¿qué ve Él cuando mira de cerca nuestra vida y la de nuestras congregaciones? ¿Encuentra ese mismo ardor, ese mismo empeño incansable por levantar su nombre por encima de la idolatría moderna? ¿Nos ve superando la indiferencia espiritual de estos tiempos o nos ve cayendo en los engaños de las tinieblas?

Vivimos en un tiempo donde muchos llevan el título de “ministros”, donde abundan las plataformas y escasean los corazones rendidos; un tiempo en el que no todo el que dice ser apóstol lo es, ni todo el que proclama tener revelación habla en nombre del Señor.

La iglesia necesita hoy el mismo discernimiento de Éfeso, la valentía de probar los espíritus, de examinar las doctrinas, de no dejarse arrastrar por la seducción del error, aunque eso nos cueste ser impopulares. Necesitamos también el mismo carácter para no tolerar el pecado dentro del cuerpo de Cristo, para amar la santidad más que la aprobación del mundo.

La iglesia de este siglo también necesita recuperar la motivación que sostuvo a Éfeso en cuanto a la necesidad de cumplir con sus tareas asignadas. Hoy sufrimos un problema recurrente: la gente dice no tener tiempo para servir al Señor. Pocos son los que se comprometen con pasión. La falta de obreros y de personas enfocadas en su propósito es ciertamente alarmante.

Es claro que la cultura de este tiempo es individualista y egoísta. Cada quien trabaja enfocado en lo suyo. Tal vez esto se ha desarrollado como un mecanismo de defensa para sobrellevar las injusticias y necesidades que se ven en el mundo. Así, para no sentirse mal por tanta carencia ajena, muchos se colocan “anteojeras” para ocuparse solo de sus intereses, ignorando todo lo que pasa alrededor.

Esta esencia cultural y de valores termina penetrando en la mente de los hijos de Dios, y al llegar a la Iglesia, muchos desean ser atendidos, escuchados, ministrados y nutridos con buenos mensajes, pero son pocos los que llegan dispuestos a dar. La mayoría pide, porque pedir alimenta las necesidades del ego; pero dar, para muchos, no parece formar parte del concepto de discipulado.

Ante esto, también debo aclarar que me refiero a servir a Cristo con la vida, en todo tiempo y lugar. No me refiero solamente a ser parte de las actividades de culto, o del trabajo dentro de las instalaciones del ministerio. Esto lo aclaro, porque en algunos lugares, tienen a hermanos como si fueran simples obreros, que viven haciendo cosas para la institución y muchas veces sirviendo a sus líderes como si fueran sus empleados.

No me estoy refiriendo a esa clase de servicio, porque no estoy de acuerdo con esos extremos abusivos. Una cosa es colaborar con la obra, tanto con recursos, como con ciertos trabajos que pueden ayudar, y otra muy distinta es convertirse

en discípulos-esclavos, de líderes que simplemente se aprovechan de ellos.

Los hermanos de Éfeso no tenían problema en servir, porque el Señor llegó a conocer sus muchas obras y su arduo trabajo, y no tenían líderes abusivos porque el Señor les hubiera exhortado claramente para que se arrepintieran. El Señor les reconoce a los hermanos que eran sufridos, pacientes, y nuevamente les dice: ***“Has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado...”*** No sé qué piensen ustedes, pero cuando alguien trabaja arduamente, casi hasta el desmayo, es porque está extremadamente comprometido.

El Señor no ignora cuando alguien le ha servido hasta el cansancio; no olvida a quienes han sufrido por su causa, a quienes han resistido la mentira por amor a la verdad. Y estas palabras a Éfeso son un recordatorio eterno para nosotros: ya que nada de lo que hagamos por Él, pasará desapercibido ante sus ojos.

Aun cuando el mundo no lo vea, aun cuando los hombres no lo valoren, Cristo lo ve y lo honra. Él camina entre nosotros, no para condenar, sino para alentar a los que no han desmayado y para llamarnos a perseverar con el mismo celo santo y la misma pasión encendida que caracterizó a esa iglesia en sus mejores días.

Sin embargo, unas tristes palabras parecen emerger desde el halago, tirando un baldazo de agua helada sobre la emoción:

“Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido.”

Apocalipsis 2:4

No se trata de que los hermanos de Éfeso hubieran dejado la fe, ni que se hubieran rendido al pecado abierto. La acusación es más sutil y peligrosa: habían seguido haciendo todo lo correcto... pero sin la pasión ardiente del amor por Cristo que los había movido al principio.

El primer amor no es un simple entusiasmo emocional propio de los nuevos creyentes. Es el fuego de la gratitud y la devoción que brota del corazón alcanzado por la gracia. Es ese amor que se derrama en oración sin mirar el reloj, que sirve sin calcular el costo, que se atreve a hablar de Cristo sin temor, que encuentra más placer en Su presencia que en cualquier otro tesoro del mundo. Es el amor que pone a Cristo en el centro, no en los márgenes de la vida.

Conozco el caso de varios hermanos que, al recibir la gracia de la vida en Cristo, parecen desbordados por ese amor. Llegan a cada reunión con una sonrisa en los labios; no desean faltar, sienten hambre por recibir nuevas enseñanzas.

Aman a los hermanos y se muestran agradecidos. Honran a los pastores y expresan sincera admiración. Luego no paran de decirle a todo su entorno, lo maravilloso que es la vida en Cristo. Todo esto los presenta como cristianos firmes, con una proyección muy alentadora. Sin embargo, resulta triste ver que, en muchos casos, con el paso del tiempo, ese fuego inicial se apaga.

Esto deja en claro que la salvación proviene del Señor (**Salmo 37:39**), pero a los discípulos debemos formarlos nosotros (**Mateo 28:19**). La salvación se recibe junto con la vida espiritual, pero convertirse en discípulo del Señor implica entrega, obediencia, perseverancia, madurez y la sujeción del yo a la vida del Espíritu. No todos logran sostener esta senda, por eso Jesús enseñó sobre la necesidad de tomar la cruz para seguirlo.

Es decir, cuando el Señor otorga Su vida, las personas acceden a la impartición del Espíritu Santo, quien les abre los ojos, las empodera, las activa y las llena de pasión por Cristo. Es inexplicable, pero aquellos que reciben una regeneración genuina se muestran verdaderamente enamorados de Dios y entregados a la Iglesia de corazón. Lo doloroso es que, si no sostienen ese compromiso avivando el fuego y afirmándose en la fe, pueden caer en apatía, tibieza, e incluso en una perversa frialdad que termina por apagarlos.

En el caso de los hermanos de Éfeso, vemos que lograron mantener el compromiso respecto de sus obras, del trabajo y de la entrega en la comunidad; pero

lamentablemente se olvidaron de avivar el fuego, de sostener una íntima comunión con el Señor, de alimentar aquel amor con el que comenzaron el camino de la fe.

Debemos tener muy claro que el deber jamás debe reemplazar al amor ni a la pasión genuina que proviene del Espíritu. Cuando no alimentamos el amor, la corrección doctrinal ocupa el lugar de la intimidad, y las manos trabajan mientras el corazón se distrae, se desenfoca y se llena de otras cosas que nada tienen que ver con el Reino.

Así sucedió en Éfeso, y así sucede con muchos cristianos hoy. Podemos ser impecables en lo externo, firmes en la defensa de la verdad, constantes en la obra... y, sin embargo, habernos alejado del primer amor sin siquiera notarlo. La Iglesia puede estar llena, las actividades multiplicarse, las palabras sonar correctas... pero si Cristo ya no es la razón que nos mueve, la llama se ha apagado aunque parezca que la lámpara está encendida.

El Señor no se conforma con una iglesia eficiente pero fría. Él quiere un pueblo que le ame con todo el corazón, no solo que le sirva con sus manos. Por eso su llamado a Éfeso es claro y urgente: ***“Recuerda de dónde has caído, arrepíentete y haz las primeras obras”***. Volver al primer amor comienza con recordar: volver la mirada a esos días donde todo giraba en torno a Cristo, donde Su voz era suficiente, donde Su presencia llenaba cada rincón del alma. Recordar nos despierta del letargo espiritual y nos muestra cuánto hemos perdido al alejarnos de esa pasión.

El siguiente paso es arrepentirse. Si nos hemos enfriado, no basta con sentir nostalgia espiritual. Es necesario reconocer que hemos permitido que otras cosas ocupen el lugar que solo Cristo merece. Es necesario confesar nuestra frialdad y decidir volver a Sus pies.

Finalmente, hacer las primeras obras, no por obligación, sino porque el amor renacido nos impulsa otra vez a vivir para Él y servirle con gratitud, porque eso es adorarle sin reservas, es obedecerle como aquel que merece el amor más que nada y nadie en este mundo.

Cristo advierte a los hermanos de Éfeso que, si no regresan al primer amor, quitará su candelero de su lugar. Una iglesia puede perder su luz sin perder su nombre. Puede seguir existiendo, pero sin la presencia gloriosa del Señor. Es posible tener todo lo externo en orden, pero ser un candelero vacío, sin aceite, sin unción. El amor es lo único que mantiene la llama encendida. Sin amor, la obra es ruido; la doctrina, letra muerta; y el ministerio, un esfuerzo humano sin fruto eterno.

Este mensaje atraviesa los siglos y se dirige hoy a nosotros. Vivimos una época donde hay mucho movimiento eclesiástico, pero poco fuego espiritual. Multiplicamos programas, actividades, estrategias, pero muchas veces olvidamos lo esencial: amar a Cristo y disfrutar de Él. Podemos ganar multitudes y perder el corazón, llenar auditorios y dejar vacía la intimidad con el Señor. El mensaje

a Éfeso nos recuerda que la verdadera victoria de la Iglesia no está en lo que hacemos, sino en cuánto amamos al Señor.

“Pero tienes esto, que aborreces las obras de los Nicolaitas, las cuales yo también aborrezco”.

Apocalipsis 2:6

Hay pocas ocasiones en las que Cristo expresa abiertamente algo que Él mismo aborrece, y esta es una de ellas. Esto nos obliga a detenernos, a contemplar el misterio de estas palabras y a buscar entender qué fue lo que este grupo representaba para que el Señor, lleno de gracia y verdad, los señalara con tanto rechazo. Comprenderlo no es un mero ejercicio histórico; es una necesidad espiritual para los creyentes de todos los tiempos, porque lo que un día contaminó la pureza de la Iglesia puede, bajo nuevos disfraces, volver a acecharla hoy.

Poco se dice en las Escrituras sobre los Nicolaitas, pero el eco de su influencia se percibe tanto en la carta a Éfeso como en la dirigida a Pérgamo, donde se los vincula con una doctrina que Cristo aborrece. Algunos escritores antiguos asociaron este movimiento con Nicolás de Antioquía, uno de los primeros diáconos, cuyos seguidores habrían distorsionado la gracia del Evangelio hasta convertirla en una excusa para el pecado.

Sea o no este el origen, el nombre mismo parece revelar parte de su esencia. Nicolaita proviene de las palabras griegas “*nikáo*”, que significa “conquistar”, “dominar”, y

“*laos*”, que significa “pueblo”, dejando entrever la imagen de un grupo que ejercía dominio sobre los creyentes o que introducía una influencia invasiva, conquistando sus corazones con enseñanzas corruptas.

Lo cierto es que los Nicolaitas promovían una mezcla peligrosa entre la fe cristiana y las prácticas paganas de su tiempo. En lugar de llamar a la Iglesia a la santidad y a la separación del mundo, enseñaban que la gracia era un manto bajo el cual todo estaba permitido.

Con sutileza, abrían las puertas al libertinaje moral, permitiendo la fornicación y la participación en banquetes idolátricos, justificando lo que Dios había condenado. Lo que había costado la sangre del Cordero, ellos lo trivializaban; lo que Cristo había llamado a abandonar, ellos lo hacían parte de la vida cristiana. Así, el mensaje que debía transformar al mundo era diluido por un mundo que transformaba el mensaje.

Pero no solo su doctrina corrompía la pureza del Evangelio, sino que también parecía establecer estructuras de control espiritual. En lugar de pastorear a las almas hacia Cristo, imponían su propio dominio sobre el pueblo de Dios, oprimiendo donde debían servir, manipulando donde debían guiar con humildad.

Era un doble veneno: por un lado, la falsa libertad del pecado disfrazada de gracia; por otro, la pérdida de la

verdadera libertad en Cristo, sustituida por la esclavitud bajo hombres y sistemas que usurpaban la voz del Buen Pastor.

Por todo esto, Cristo los aborrecía. Y el amor de Cristo, que todo lo redime, se vuelve firme e inquebrantable cuando algo amenaza la santidad de Su Iglesia. Él dio Su vida para hacer de ella una esposa pura, sin mancha ni arruga. Por eso, cualquier doctrina que contamine ese propósito es intolerable para Su corazón.

Los Nicolaitas profanaban lo sagrado, convertían la gracia en licencia, levantaban yugos humanos donde debía reinar la libertad del Espíritu. Y lo más grave: arrastraban a otros al error, debilitando la comunión con Dios, desviando la mirada del único Salvador.

Muchos podrían pensar que los Nicolaitas fueron una secta pasajera, un capítulo cerrado en la historia del cristianismo primitivo. Sin embargo, el espíritu Nicolaita sigue presente hoy bajo otras formas. Cada vez que líderes espirituales se elevan por encima del pueblo, dominando conciencias en lugar de guiarlas hacia Cristo, se perpetúa el mismo error. Cada vez que la Iglesia negocia con el mundo, diluye su mensaje para agradar a la cultura y abandona el temor reverente a Dios, el veneno Nicolaita se infiltra de nuevo.

Por eso, las palabras del Señor no son solo un recuerdo histórico, sino una advertencia viva para todos nosotros. Si algo debe arder en el corazón del creyente fiel es el mismo

celo que arde en el corazón de Cristo: aborrecer lo que Él aborrece. Y no se trata de odio hacia personas, sino de rechazo hacia todo lo que corrompe la verdad del Evangelio, todo lo que pretende disfrazar el pecado de libertad, todo lo que oprime a los hijos de Dios bajo yugos que Cristo ya rompió en la cruz. La Iglesia está llamada a la pureza, a la santidad, a la libertad verdadera que solo el Espíritu Santo da, a mantenerse sin mezcla en un mundo que busca constantemente suavizar y distorsionar el mensaje eterno.

Las palabras del Señor a Éfeso siguen vigentes hoy: ***“Tienes esto, que aborreces las obras de los Nicolaitas, las cuales yo también aborrezco”***. Que este sea nuestro testimonio también. Que, en medio de una generación donde tantas voces buscan redefinir la verdad, nosotros permanezcamos firmes, guardando el Evangelio tal como fue entregado, viviendo en santidad, sin ceder ante las doctrinas que acomodan el pecado ni ante los sistemas que sofocan la libertad de los hijos de Dios.

Los Nicolaitas están más presentes de lo que muchos creen. ¡Cuidado! Hay ministerios que están controlando a su gente de manera impropia, líderes que utilizan sus cargos, o incluso la paternidad espiritual, para manipular la vida de los hermanos. Estos olvidan la posición de servicio que deben tener y se enseñorean del rebaño. Amados hermanos, no debemos olvidar que el Señor aborrece esto, sin importar las intenciones que persigan estos líderes. El control, la manipulación, la intimidación y las amenazas no son parte del diseño del Buen Pastor.

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.”

Apocalipsis 2:7

El final de la carta a la iglesia de Éfeso nos deja una promesa de esperanza: ***“Al que venciere le daré a comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de Dios”***. La recompensa no es otra cosa que Cristo mismo, la vida eterna en comunión plena con Él, el Edén restaurado para los que vencen la frialdad y perseveran en el amor hasta el fin. Lo que se perdió en el huerto se recupera en el paraíso prometido, y solo el amor puede sostenernos en el camino hasta allí.

Hoy, mientras estas palabras llegan a nuestro corazón, el Señor camina cerca de nosotros y nos dice: ***“Recuerden, vuélvanse a Mí, arrepíentanse si es necesario, pero no abandonen el primer amor que los sostiene en Pacto...”***

Es ese amor el que convierte el servicio en un acto de adoración y no en simple rutina religiosa. Es ese amor el que da sentido al sacrificio, el que nos hace perseverar cuando la recompensa no llega, cuando el reconocimiento humano se hace esperar, cuando el camino se llena de espinas y de lágrimas.

Solo el amor puede sostener la perseverancia que no se agota, solo el amor puede levantar al que se siente exhausto y darle fuerzas para continuar, solo el amor puede

mantenemos firmes frente a un mundo que desprecia la cruz. Si falta ese amor, el trabajo se vuelve carga, la doctrina se vuelve frialdad y la perseverancia puede transformarse en puro esfuerzo humano sin vida.

No olvidemos lo que advirtió el Señor para los últimos tiempos: ***“Por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará”*** (Mateo 24:12). Estamos viviendo tiempos determinantes, y no debemos descuidar las advertencias del Señor. El amor será clave para superar las adversidades que vendrán sobre el mundo y sobre la Iglesia.

El Señor no quiere nuestras obras sin amor, nuestras palabras sin fuego, nuestra entrega sin pasión. Quiere nuestro corazón enfocado, entero, rendido, encendido para Él. Ese es el primer amor que nunca debe apagarse, la llama que ninguna rutina, ningún cansancio, ninguna distracción debería extinguir jamás.

Oremos: *“Señor Jesús, hoy escucho tu voz llamándome a permanecer firme en ti. Perdóname si es que he permitido que se enfríe un poco mi amor... Perdóname si he realizado cosas para Ti sin pasar buen tiempo en Tu intimidad... Vuelvo a Tus pies, quiero que seas mi primer pensamiento, mi mayor deseo, mi pasión más grande en todo tiempo... Enciende cada día mi corazón, hazme un adorador antes que un siervo, un amante antes que un obrero. Que mi lámpara nunca se apague y que cuando vengas me encuentres amándote más que el primer día. Amén”*.

Capítulo dos

EL SEGUNDO MENSAJE PARA LA IGLESIA

De Esmirna a la actualidad

“Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto: Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico), y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás.”

Apocalipsis 2: 8 y 9

Esmirna era una ciudad hermosa, una de las más prósperas de Asia Menor, conocida por su comercio floreciente, sus calles ordenadas y su cercanía al mar. Su nombre significa “mirra”, una fragancia amarga y dulce a la misma vez, una resina que debía ser triturada para liberar su aroma. Ese nombre parecía profético para la iglesia que allí vivía: un pueblo que sería quebrantado por la persecución, pero que, en medio del dolor, esparciría el más puro perfume de fidelidad a Cristo.

En Esmirna se respiraba una mezcla de cultura griega, orgullo romano y devoción pagana. La ciudad estaba llena de templos dedicados a múltiples dioses y era famosa por ser una de las primeras en levantar un altar para adorar al emperador. Allí, el culto al César no era una mera ceremonia política, sino un acto obligatorio de lealtad al imperio. Quien no doblara la rodilla ante Roma y sus dioses se convertía en enemigo del orden establecido. La iglesia de Esmirna conoció de cerca el precio de ser fiel a Cristo en ese ambiente hostil.

El mensaje que Juan recibe para esta comunidad está lleno de ternura y firmeza. Cristo se presenta diciendo: ***“Yo soy el primero y el último, el que estuvo muerto y vivió”***. No comienza hablándoles de sus obras, ni de sus logros, ni siquiera de sus luchas. Se revela a sí mismo como el Señor eterno que venció la muerte. Antes de hablar de persecución, les muestra al vencedor de la tumba, al Señor que trasciende el tiempo y la adversidad. Él sabe lo que significa sufrir; conoce el dolor de la traición, del escarnio, de la violencia, de la muerte misma... pero también conoce la gloria de la resurrección.

Con una mirada que penetra hasta lo más profundo, Cristo les dice: ***“Yo conozco tus obras, tu tribulación y tu pobreza (pero tú eres rico)”***. Esmirna era una iglesia sin grandes recursos, sin poder político, sin templos majestuosos. Era pobre a los ojos del mundo, despojada muchas veces de bienes y derechos por causa de su fe. Pero a los ojos de Cristo era inmensamente rica. Rica en fidelidad,

en amor verdadero, en una fe que no se vende ni se rinde ante la presión del sistema. Rica porque poseía el tesoro que nada ni nadie podía arrebatarse: el favor y la aprobación del Señor.

Hoy en día, muchas congregaciones se sienten ricas porque han logrado edificar enormes salones de reunión, con equipamientos de primer nivel, o porque poseen varias propiedades en su haber. Pero eso no es un indicativo seguro de riqueza espiritual. Algunas lo son, otras no. De la misma forma, hay pequeñas congregaciones que no tienen buenas instalaciones ni muchos recursos, pero son verdaderamente ricas en el Señor.

Ni las congregaciones, ni los grandes ministerios que tienen varias obras, ni los ministros, ni los hermanos de manera individual deben medir su espiritualidad por medio de las riquezas o los bienes que han acumulado. La abundancia puede ser el efecto visible de la bendición, pero no siempre lo es. Todo depende de cómo se ha llegado a esa abundancia y de las motivaciones del corazón.

La bendición de Dios puede ser integral, pero la unción no se mide por riquezas. No es más espiritual una congregación de Beverly Hills que una iglesia humilde en Kinshasa, en la República Democrática del Congo. Es absurdo pensar bajo esos parámetros. De la misma forma, no tiene más unción un hermano que se traslada en una Ferrari que aquel que anda en una bicicleta. Las riquezas espirituales y la efectividad de una congregación no están vinculadas a lo que el mundo considera excelente o síntoma de poder.

Los hermanos de Esmirna caminaban por un sendero angosto, marcado por la tribulación y la pobreza material, pero revestidos de una riqueza espiritual que solo los ojos de Cristo podían contemplar en toda su gloria. A los ojos del mundo eran un rebaño pequeño y despreciado; pero para el Señor, eran tesoros escondidos en un campo de aflicciones, joyas bruñidas en el horno del sufrimiento.

Y en medio de sus palabras de consuelo, Jesús les revela que no solo Él conoce sus obras y sus luchas, sino también la afrenta que cargan sobre sus hombros: ***“la blasfemia de los que se dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás”***. Sin duda, esa iglesia no solo enfrentaba la hostilidad del imperio, también la oposición religiosa de quienes, pretendiendo honrar a Dios, perseguían a los que de verdad le seguían.

Este mensaje atraviesa los siglos como una verdad cortante y luminosa. En Esmirna había un grupo de personas que reclamaban para sí el nombre de pueblo escogido, descendientes del pacto, guardianes de la ley divina. Eran, según sus propias declaraciones, hijos de Abraham, depositarios de las promesas, defensores del único Dios verdadero.

Pero en sus obras y palabras se manifestaba una contradicción espiritual que Jesús no dejó pasar inadvertida: habían cerrado su corazón a la luz del Mesías y, al hacerlo, su religión, en vez de ser un puente hacia Dios, se había convertido en un muro contra la verdad. Lo que debía ser una

asamblea santa, se transformó en un lugar donde la voz del enemigo encontraba eco; una sinagoga no de Dios, sino de Satanás.

Las palabras del Señor son fuertes porque el engaño es profundo. El problema no era solo que estas personas no creyeran en Cristo, sino que, con el nombre de Dios en sus labios, se volvían perseguidores de aquellos que lo amaban. Blasfemaban, no solo al calumniar a los discípulos, sino al levantar su voz contra la obra del Espíritu Santo, que en Esmirna daba testimonio de Jesús.

La blasfemia aquí es una herida lanzada contra el Cuerpo de Cristo, una afrenta contra la misma verdad, un veneno disfrazado de celo religioso. Era religión sin vida, ley sin gracia, piedad muerta que se oponía a la manifestación del Reino.

Con estas palabras, el Señor está despojando la hipocresía de su máscara: “no todo el que dice ser del pueblo de Dios lo es”. La verdadera circuncisión no es la de la carne, sino la del corazón; la verdadera identidad espiritual no se sostiene en linajes humanos ni en ritos externos, sino en la fe viva en Aquel que fue enviado.

Cuando un grupo, con todo su ropaje de religiosidad, se levanta para destruir la obra del Evangelio, ha dejado de ser asamblea de Dios para convertirse en reunión del adversario. Es duro, pero necesario: Jesús llama a las cosas

por su nombre para que su Iglesia no se confunda ni se deje intimidar por quienes ostentan un título sin tener la esencia.

Este mensaje fue un bálsamo para Esmirna. Aquellos cristianos que sufrían el peso de las acusaciones, las calumnias y la hostilidad de una religión institucionalizada necesitaban oír de los labios del Maestro: *“Yo los conozco. Yo veo puedo ver el dolor, sé quiénes son ellos y sé quiénes son ustedes...”*

Cuando los hombres falsamente se erigen como dueños de la verdad y lanzan piedras contra los humildes discípulos del Cordero, Cristo se pone de pie y defiende a los suyos. Su palabra es un escudo que cubre el corazón desgarrado: el juicio del mundo no define quiénes somos en Cristo; el desprecio de los religiosos no borra nuestro nombre del libro de la vida. Ellos podrán acusarnos, pero el Juez Supremo ya nos ha declarado suyos.

En esta frase de fuego, Jesús nos recuerda que hay un peligro sutil en toda generación: el de convertir la religión en una fortaleza del enemigo. Cuando se pierde el amor, cuando se cierra la puerta al Espíritu de Cristo, cuando se persigue a los que viven en la verdad, se cruza una línea invisible en la que la sinagoga se convierte en trinchera de Satanás.

La verdadera Iglesia, el verdadero pueblo de Dios, es aquel que reconoce a Cristo como el Mesías, que camina en humildad, que lleva el sello de la gracia y no las cadenas del orgullo religioso. Es triste toparse con hermanos que se

comportan como primos lejanos, demostrando con orgullo que ellos pertenecen a la sana doctrina y que todos los que piensan diferente están absolutamente perdidos.

A Esmirna, y a nosotros hoy, es como si el Señor nos dijera: *“No teman a los falsos juicios, no midan su valor por las voces de los religiosos que los condenan. Yo sé quiénes son. Yo conozco la pureza de su fe, y sé que, aunque el mundo no los entienda y sus pares los cuestionen por observar el Evangelio con los lentes del Reino, son míos y necesito que estén dispuestos a enfrentar toda hostilidad por amor a mi Nombre...”*.

Esta expresión de aliento no está en la Biblia, pero ciertamente el mensaje a Esmirna es un llamado a discernir, a no dejarnos deslumbrar por apariencias religiosas vacías, a no temer a los falsos poderes que se levantan contra la Iglesia, y a mantenernos firmes sabiendo que, aunque la sinagoga del adversario ruja y blasfeme, la palabra de Cristo se levanta en defensa de sus santos y Su aprobación basta más que cualquier aplauso terrenal.

“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.”

Apocalipsis 2:10

A pesar de todo ese dolor, el Señor no les promete alivio inmediato. Sus palabras son más radicales: sin dudas

tendrán que padecer. Cristo no les promete escapar del sufrimiento, les promete una corona después de la prueba. Les asegura que el dolor tiene un límite: “diez días”. Les asegura que la prueba no es eterna, pero que es real. Les llama a permanecer fieles, incluso si la fidelidad les cuesta la vida, porque más allá de la muerte hay una recompensa que ningún poder humano puede arrebatarse: “la vida eterna en la presencia del Rey...”

Estas palabras son un mapa celestial para atravesar el valle oscuro de la persecución. Cristo no promete una ruta sin espinas ni les oculta la tempestad que está por desatarse. Por el contrario, les abre los ojos para que vean que la prueba no será producto del azar, sino parte de un conflicto espiritual más profundo: detrás de las cadenas y los tribunales humanos se encuentra la mano del enemigo que busca acallar la voz del Evangelio.

En medio de esta advertencia, hay una orden luminosa que se clava como ancla en el alma: “*Sé fiel hasta la muerte.*” No se trata solo de aguantar, sino de permanecer firmes, de no soltar la mano de Cristo aunque las olas golpeen con violencia.

La fidelidad aquí no es un sentimiento pasajero, es una alianza sellada con sangre, una determinación de amar a Jesús más que a la propia vida. Es la certeza de que la muerte, aun con su gélido soplo, no tiene la última palabra, porque aquel que nos llama a ser fieles es el mismo que venció al sepulcro y sostiene las llaves del Hades en sus manos.

El mensaje de Esmirna es un golpe de realidad para nuestra fe cómoda y ligera de este tiempo. Hoy muchos asocian bendición con ausencia de problemas, prosperidad con favor divino, comodidad con voluntad de Dios. Pero Cristo llama bienaventurados a los perseguidos y considera ricos a los que no tienen nada en la tierra, pero poseen el cielo. La iglesia de Esmirna nos recuerda que seguir a Cristo cuesta todo, y que la verdadera fe se prueba en el fuego de la adversidad.

La historia nos cuenta que, años después de recibir esta carta, uno de los líderes de la iglesia de Esmirna, Policarpo, fue arrestado por negarse a adorar al César. Le dieron una última oportunidad para salvar su vida: renegar de Cristo y jurar lealtad al emperador.

Su respuesta sigue resonando como un eco de este mensaje: *“Ochenta y seis años le he servido y nunca me ha hecho mal alguno. ¿Cómo podría blasfemar a mi Rey que me salvó?”*. Fue quemado vivo, y mientras las llamas le rodeaban, su fidelidad se convirtió en un aroma fragante para el cielo, la misma “mirra” que su nombre anunciaba.

Cristo sigue hablando hoy a su Iglesia a través de Esmirna. Nos llama a no temer el sufrimiento, a no huir de la prueba, a recordar que hay una corona que espera a los que permanecen fieles hasta el final. En un mundo que nos seduce con ofertas de comodidad y éxito inmediato, el Señor nos recuerda que la victoria del Evangelio no se mide en aplausos ni en riquezas, sino en fidelidad bajo presión, en

perseverancia bajo fuego, en amor inquebrantable por Aquel que dio todo por nosotros.

Cada palabra de Cristo a Esmirna está impregnada de eternidad. La cárcel, las lágrimas y el filo de la espada de los perseguidores son momentáneos; la recompensa es inmortal. ***“Yo te daré la corona de la vida.”*** No es una promesa incierta, es un decreto del Rey de gloria.

En los juegos de la antigüedad, los vencedores recibían coronas marchitas de laurel; pero los que triunfan en la carrera de la fe recibirán una corona que nunca se marchitará, tejida con la vida misma de Dios. Es el galardón de los que aman hasta el final, de los que no niegan su nombre, de los que prefieren perderlo todo antes que perder al Maestro.

Jesús no les habla como un observador distante del sufrimiento, sino como Aquel que ya recorrió el mismo camino. Él mismo fue echado en la cárcel de la humillación, sufrió calumnias, soportó la traición y la cruz, y permaneció fiel hasta la muerte. Por eso, cuando anima a Esmirna a perseverar, no lo hace como un comandante que dirige desde la retaguardia, sino como el León que primero entró en la batalla y salió victorioso. Les recuerda que la fidelidad en la tierra se transforma en gloria en el cielo, y que ninguna lágrima derramada por su causa quedará sin respuesta.

Este mensaje no fue solo para Esmirna; atraviesa el tiempo y llega hasta nosotros, llamándonos a vivir una fe que no se rinde ante las pruebas, una fidelidad que ni la muerte

puede quebrantar. Vivimos en días donde la oposición a Cristo puede tomar mil rostros: burlas, rechazo, pérdida, persecución abierta o silenciosa. Pero la voz del Señor sigue siendo la misma: ***“No temas... sé fiel... hay una corona esperándote.”***

Esmirna nos recuerda que el camino del discípulo no siempre será cómodo ni aplaudido. Pero hay un tesoro escondido en la fidelidad: la vida eterna en plenitud, la sonrisa del Rey, la corona de la victoria eterna. Y cuando la noche se haga más oscura y el viento de la prueba sople con más fuerza, estas palabras deben arder en el corazón: nada de lo que sufrimos por Cristo es en vano, nada quedará sin recompensa, y ni la misma muerte puede arrebatar lo que el Señor prometió a los que perseveran en su amor.

Quizás en este momento, algunos de ustedes también están siendo probados. Quizás la fe les haya costado amistades, oportunidades, estabilidad. Tal vez estén enfrentando burlas, injusticias o pérdidas por mantenerse firmes en Cristo.

Si es así, escuchen nuevamente las palabras del Señor dirigidas a nuestro corazón: ***“No teman. Sean fieles hasta la muerte, y yo les daré la corona de la vida”***. Ningún dolor es eterno, ninguna lágrima es ignorada, ningún sacrificio es en vano. Nuestro nombre está grabado en las manos del Señor, y nuestra corona ya está preparada en el cielo.

Podrán arrebatarlos todo en este sistema global, incluso la vida, pero jamás podrán tocar nuestra eternidad. El que cree en Cristo tiene una vida que la muerte no puede apagar, un Reino que el mundo no puede derribar, una gloria que supera todo sufrimiento pasajero.

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.”

Apocalipsis 2:11

Hoy, la Iglesia enfrenta nuevas formas de tribulación y diferentes rostros de persecución. A veces son cadenas invisibles de burla, rechazo, cancelación, indiferencia o presión social para callar la verdad. Otras veces, son ataques directos, leyes injustas, hostilidades abiertas contra los que se atreven a confesar el nombre de Jesús. Y, así como en Esmirna, todavía existen voces religiosas que llevan el nombre de Dios pero se oponen al mover del Espíritu y al testimonio del Evangelio, transformándose en piedras de tropiezo para los hijos de la luz.

El Maestro nos llama a una fe inquebrantable, a un amor que no se negocia, a una confianza que no se apaga cuando arrecia la tormenta. Nos invita a mirar más allá del presente, a contemplar la eternidad, a ver la gloria reservada para los que vencen, y a recordar que ninguna prueba es infinita cuando se camina con Aquel que tiene las llaves de la vida y de la muerte.

La Iglesia de hoy necesita el espíritu de Esmirna: un pueblo que no teme perderlo todo por Cristo, que no mide su éxito por la aceptación del mundo, que no se deja seducir por la religión sin vida, y que permanece fiel aun cuando la fidelidad tenga un precio alto. El Señor sigue buscando corazones que puedan ser llamados ricos en el cielo, valientes para soportar la afrenta, confiados en que cada lágrima derramada será transformada en corona eterna.

Que el eco de sus palabras despierte en nosotros una fe viva, valiente y perseverante, hasta que podamos oír de sus labios el más grande galardón: ***“Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor y reposa...”***

Oremos: *“Señor Jesús, gracias porque Tú eres el primero y el último, el que estuvo muerto y vive para siempre. Gracias porque conoces mi dolor, mis lágrimas y mis batallas. Hoy decido no temer, sino permanecer fiel a Ti, aunque la prueba sea dura y el camino estrecho. Prefiero perderlo todo antes que perder Tu amor. Dame fuerza para no negar Tu nombre, dame valor para perseverar hasta el fin, dame la mirada fija en la corona de la vida que Tú prometiste. Te entrego mi vida, mi muerte y mi eternidad, porque Tú eres digno de todo. Amén”.*



Capítulo tres

EL TERCER MENSAJE PARA LA IGLESIA

De Pérgamo a la actualidad

“Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás...”

Apocalipsis 2:12 y 13

El mensaje a la iglesia de Pérgamo inicia con una revelación impactante de la naturaleza y la autoridad de Cristo: *“El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto...”*. Esta imagen no es un simple adorno literario; es una declaración profunda acerca de quién es Cristo y cómo Él actúa en medio de Su Iglesia y del mundo. La espada que sale de Su boca (**Apocalipsis 1:16; 19:15**) es un símbolo de poder, discernimiento y juicio, y está íntimamente ligada a Su Palabra viva y eficaz (**Hebreos 4:12**).

La espada aguda de dos filos representa, en primer lugar, la Palabra de Dios en su dimensión penetrante y absoluta. No es un arma carnal ni limitada, sino la verdad divina que corta hasta lo más profundo del ser humano, que separa la luz de las tinieblas, la mentira de la verdad, lo puro de lo impuro.

Jesús se presenta así ante una iglesia que vivía rodeada de idolatría, doctrinas corruptas y presión constante para comprometer la fe. Pérgamo era conocida como el “trono de Satanás” por la fuerte presencia de cultos paganos y adoración al emperador. En ese contexto, Cristo se muestra no como un líder débil que tolera la confusión, sino como el Señor que porta la espada que desarma toda mentira y establece Su justicia.

Esta espada también habla de juicio y autoridad. A diferencia de las armas humanas, la espada de Jesús no se desenvaina en violencia física, sino en verdad divina que juzga los pensamientos y las intenciones del corazón.

Él advierte a la iglesia de Pérgamo que, si no se arrepentían de ciertas conductas, vendría y pelearía contra ellos ***“con la espada de su boca”*** (Apocalipsis 2:16). Es decir, Cristo no estaría dispuesto a pasar por alto el error ni el compromiso con el pecado dentro de Su Iglesia, sino que intervendría con el poder de Su Palabra para corregir, limpiar y restaurar la santidad de Su pueblo.

Por otro lado, esta imagen nos recuerda que la misma espada que juzga también defiende y libera. La Palabra de Cristo no solo hiere para exponer el pecado, sino que sana para traer libertad y vida. La espada abre camino, destruye fortalezas espirituales y rompe cadenas de engaño.

Para los fieles en Pérgamo, que mantenían Su nombre aun en medio de persecución y muerte, la espada no era amenaza, sino refugio y garantía de victoria. El Señor pelea por los suyos y establece Su Reino por medio de la verdad que nadie puede resistir.

Para la Iglesia de hoy, Jesús se sigue presentando como el que porta la espada aguda de dos filos. En un tiempo donde abundan enseñanzas distorsionadas, confusión espiritual y compromisos con el mundo, Cristo nos recuerda que Su Palabra es el estándar inmutable de la verdad.

Él sigue llamando a Su Iglesia a no mezclar el Evangelio con las corrientes de pensamiento que seducen, y nos invita a vivir bajo la autoridad de Su voz, dejando que Su espada corte todo aquello que no proviene de Él. Frente a la tibieza y la corrupción doctrinal, Su espada no es negociable: o nos dejamos circuncidar el corazón por ella, o nos enfrentamos a la corrección de Aquel que juzga con justicia.

En Pérgamo, la espada de dos filos fue la respuesta divina ante la mezcla peligrosa de fe y mundanalidad. Hoy, esa misma espada sigue siendo la única esperanza de la

Iglesia: la Palabra viva de Cristo que purifica, defiende y juzga, hasta que nada quede en pie fuera de Su verdad.

La Iglesia del tiempo presente necesita escuchar el eco de aquella voz que en Pérgamo tronó con solemnidad. Su expresión no se trató de un adorno poético ni de una imagen lejana; es la revelación de un Cristo vivo que hoy se pasea entre los candeleros, examinando a Su pueblo, separando lo santo de lo profano, lo verdadero de lo adulterado, la fidelidad de la conveniencia.

La espada que sale de Su boca no es un arma de hierro, sino de espíritu; no derrama sangre humana, pero hiere la carne del pecado y atraviesa las fibras más íntimas del corazón. Allí donde la Iglesia ha tolerado lo que nunca debió permitir; allí donde el altar se ha mezclado con ídolos modernos, con doctrinas reeditadas en nuevas voces, con la seducción de un cristianismo sin cruz ni santidad, allí el Cristo de la espada se levanta, no como invitado, sino como Señor y juez.

Su espada viene a romper cadenas de engaño, a derribar tronos que no le pertenecen, a limpiar las casas que llevan Su nombre. Y aunque sus filos son terribles para los tibios y complacientes, son medicina y amparo para los fieles que no niegan Su nombre, para los que aun en medio de la presión y el rechazo se aferran a la verdad del Evangelio.

En medio de ese ambiente cargado de poder, sabiduría humana y cultos paganos, la iglesia de Pérgamo se mantenía

firme. Era un grupo de creyentes que había crecido y prosperado en una ciudad difícil, que resistía la presión de un entorno hostil y que, sin embargo, enfrentaba un desafío diferente: la amenaza de la comprometedor influencia de doctrinas y prácticas contrarias a la fe genuina.

La carta que el Señor envía a esta iglesia es, por eso, una mezcla de elogios por su fidelidad y una seria advertencia por las infiltraciones que habían comenzado a corromper la pureza de su fe.

El mensaje de Jesús se inicia reconociendo que ellos estaban habitando *“donde está el trono de Satanás”*, señalando la ciudad como un lugar de gran influencia demoníaca y espiritual. Sin embargo, reconoce que los creyentes no solo no han renegado de su fe, sino que han permanecido firmes, incluso en momentos en que su lealtad los ponía en peligro.

Esta iglesia no había negado el nombre de Cristo, a pesar de vivir en un ambiente hostil y opresivo, donde la lealtad al emperador y la participación en los cultos paganos eran la norma social y política.

En la carta se desliza un nombre que apenas aparece en la historia de los hombres, pero que resuena en los labios de Cristo como un monumento eterno: “Antipas, mi testigo fiel”, aquel que fue muerto donde mora Satanás. No hay crónicas que le dediquen largas páginas, no hay libros que cuenten su trayectoria, pero hay un testimonio grabado en el

corazón del Señor, un testimonio que el cielo jamás olvidará. La tierra puede borrar los nombres de los justos, pero el Hijo de Dios los pronuncia con honra delante de las huestes celestiales.

Antipas vivió y murió en un territorio hostil, una ciudad donde los altares se erguían para dioses extraños, donde el culto al emperador pretendía reclamar la lealtad que solo a Cristo pertenece, donde el trono de Satanás parecía gobernar sin resistencia.

Allí, en ese suelo endurecido por la idolatría y la presión del poder político, un hombre decidió no doblar su rodilla ante nada ni nadie más que Jesús. Fue un testigo, y ser testigo en esos días no era un título decorativo, sino una sentencia de muerte. Confesar que Cristo es el único Señor equivalía a firmar la propia condena.

Se cuenta que Antipas fue llevado a una muerte atroz, encerrado en un toro de bronce al rojo vivo, mientras sus verdugos esperaban arrancarle la confesión de reconocimiento al señorío del César. Pero sus labios ardieron solo para orar, para adorar al que ya le había prometido una corona incorruptible. Su sangre cayó en tierra enemiga, pero su espíritu ascendió victorioso, y Jesús mismo lo llamó por su nombre, sellando para siempre el testimonio de aquel que no amó su vida hasta la muerte.

El silencio de la historia contrasta con la voz de Cristo. Los hombres pueden olvidar a los testigos fieles, pero en los

cielos sus nombres son piedras vivas, columnas de un Reino que no se puede derribar. Antipas nos recuerda que la fe verdadera no se mide por la cantidad de aplausos que se recibe, sino por la firmeza con la que se sostiene ante el fuego de la prueba.

En un mundo donde las sombras del compromiso y la conveniencia se deslizan hasta el corazón de la Iglesia, su vida es un desafío encendido: ser testigo no es simplemente hablar de Cristo, es vivir de tal modo que incluso la muerte no pueda silenciar nuestra lealtad al Rey.

Hoy en día, donde las potestades del enemigo siguen reclamando tronos que no les pertenecen, donde la seducción de un Evangelio sin cruz se extiende como un bálsamo barato para conciencias tibias, el ejemplo de Antipas clama a la Iglesia: *“sean fieles hasta la sangre, sean testigos aunque el precio sea todo lo que posean...”*

Porque hay un Cristo que sigue caminando entre los candeleros, que conoce a cada uno por su nombre, que honra la fidelidad que el mundo desprecia, y que guarda para Sus testigos una gloria que ni la espada, ni el fuego, ni el poder de las tinieblas podrán arrebatarse jamás.

Pero después de este reconocimiento de fidelidad, el Señor tenía un fuerte reproche para los hermanos de Pérgamo:

“Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación.”

Apocalipsis 2:14

Aquí se expone un problema grave: la infiltración de enseñanzas que llevaban a la iglesia a comprometerse con prácticas paganas, a participar en idolatrías y a sucumbir a la inmoralidad, todo disfrazado con argumentos aparentemente bíblicos o razonamientos “sabios”.

Esta acusación divina muestra que no solo los ataques externos, sino también las contaminaciones internas, pueden poner en riesgo la santidad y la fidelidad de la Iglesia.

Balaam, es mencionado en **Números 22 al 25** y luego en **Números 31:16**, era un profeta corrupto que, seducido por la recompensa del rey de Moab, quien se llamaba Balac, y que buscaba que el profeta maldijera al pueblo hebreo a cambio de ciertas riquezas. Esto fue porque Balac tenía temor de la llegada del pueblo de Dios y pretendía debilitarlos a través de algunas maldiciones proféticas.

Aunque el profeta no pudo maldecir directamente al pueblo de Dios, enseñó a Balac un camino indirecto para hacerlos tropezar: inducirlos a la idolatría y a la inmoralidad sexual, enseñándole que si engañaba a los hebreos para que hicieran eso, el mismo Dios los castigaría (**Números 31:16**). Esta estrategia se convirtió en un símbolo de los métodos

satánicos que buscan corromper desde dentro aquello que no se puede destruir desde fuera.

En Pérgamo, la “doctrina de Balaam” representaba una enseñanza tolerada por algunos dentro de la iglesia, donde se mezclaban la fe cristiana con prácticas paganas, comprometiendo así la pureza del Evangelio. El Señor no acusa a toda la iglesia de sostener esta doctrina, pero sí de permitir su presencia, lo que evidencia una tolerancia peligrosa frente al error.

Jesús menciona dos áreas donde la influencia de Balaam se manifiesta: En comer cosas sacrificadas a los ídolos: Esto apunta a una participación, aunque fuese parcial, en los rituales paganos y banquetes idolátricos, minimizando la gravedad del pecado y desdibujando la separación del pueblo santo de Dios.

Y cometer fornicación: Puede referirse tanto a inmoralidad sexual literal como a una “fornicación espiritual”, es decir, una alianza ilícita entre la Iglesia y las prácticas mundanas, traicionando la fidelidad a Cristo como único Señor y Esposo. El tropiezo que Satanás pretende, siempre comienza con un pequeño desvío doctrinal, una aceptación de lo que Dios prohíbe, y termina en un alejamiento progresivo del primer amor y de la verdad que santifica.

Este mensaje es una advertencia para todo tiempo. Cuando la Iglesia tolera enseñanzas que justifican el pecado,

relativizan la verdad o buscan conciliar el Evangelio con los sistemas del mundo, se abre la puerta al espíritu de Balaam. El enemigo sigue usando la misma estrategia: lo que no puede destruir mediante la persecución, lo corrompe con engaños. Por eso, la iglesia debe velar, confrontar el error y mantener la pureza doctrinal y moral, pues Cristo pasea en medio de los candeleros y exige santidad a su pueblo (**Apocalipsis 2:1**).

Es decir, esta advertencia de Cristo hacia Pérgamo no es simplemente una corrección histórica, sino un espejo para la iglesia actual. En muchas congregaciones hoy, el compromiso se disfraza de tolerancia, el relativismo espiritual invade la doctrina y la inmoralidad es justificada con excusas humanas. La línea entre la luz y las tinieblas se vuelve borrosa, y la Iglesia se ve tentada a ceder ante las presiones sociales, culturales y hasta religiosas para no “perder” a quienes se podrían sentir mal si se les predicara claramente el evangelio del Reino.

“Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco.”

Apocalipsis 2:15

Jesús denuncia nuevamente, tal como lo hizo en Éfeso, la práctica de la “doctrina de los nicolaítas”, y en este caso voy a seguir profundizar en esto, porque el Señor los vuelve a mencionar y aunque pocos conocen sus detalles con exactitud, la advertencia es clara: la fidelidad a Cristo implica

no negociar con el pecado ni relativizar la verdad. Por esto creo que es necesario dedicarles más atención.

Observemos esto: la palabra “Reino” en griego es la palabra “*Basileía*”, cuyo significado es simplemente “gobierno”. La clave de tal expresión es comprender que el Reino de Dios no es el gobierno de los hombres sobre los hombres, sino el gobierno de Dios sobre toda Su creación.

El plan satánico está fundamentado en el gobierno humano, porque la serpiente en el Edén fue condenada a comer polvo, y el hombre fue condenado a ser polvo y volver al polvo del cual fue creado. Es por esto que el enemigo procura matar, robar y destruir porque se alimenta del humanismo; por eso lo impulsa a manifestarse, expandiéndose en todas las naciones de la tierra. De eso se tratará el gobierno del anticristo.

Los hombres no fuimos creados para gobernar a otros hombres, sino para vivir bajo el gobierno de Dios. Esa es la condición innegociable que permite establecer una plataforma de autoridad para que el poder legal dé paso, a un liderazgo sano, a través del cual podamos ejercer autoridad espiritual y desarrollar la familia, la sociedad y, por supuesto, el diseño de la Iglesia.

Cuando nos apartamos, voluntaria o involuntariamente, del gobierno divino, automáticamente perdemos todo derecho legal de ejercer autoridad sobre otras personas. Un esposo no puede ser cabeza de matrimonio si

su cabeza no es Cristo. Un gobernante de un territorio determinado no puede ejercer dicha autoridad correctamente si esta no le fuera dada de arriba. (El alcance y la dinámica de esto lo explico en mi libro titulado: “Autoridad de Reino”).

Por otra parte, un líder de la Iglesia actual no debe gobernar a los hermanos, sino los ámbitos asignados. Aun así, no tiene derecho legal para tal cosa si se ha salido del gobierno divino. Bueno, generalmente nadie cree haberse salido del gobierno de Dios; todos piensan que están haciendo Su voluntad. Pero la realidad es que cualquier manipulación, intimidación, amenaza, autoritarismo o actitud de superioridad ante los hermanos es simplemente diabólica y surge de haber perdido la autoridad divina sobre su vida. Jesús nos enseñó esto (**Mateo 20:25 al 28**).

Los nicolaítas son los que dicen estar bajo el gobierno de Dios, pero se creen superiores a sus hermanos. Por eso demandan obediencia extrema, sujeción absoluta y honra permanente. La verdad es que el Señor aborrece tal comportamiento, y no porque lo diga yo, sino porque Él mismo lo expresó claramente en Su mensaje a los hermanos de Éfeso y lo reiteró a las autoridades de Pérgamo.

No importa cuánta trayectoria, logros o reconocimiento tenga un líder; nada de eso le otorga superioridad sobre sus hermanos. La autoridad por causa de una asignación es una realidad, pero la autoridad espiritual

jamás se manifiesta a través de la dominación, sino desde una genuina expresión de servicio.

Nuestro ejemplo es Jesús; no hay mucho que discutir al respecto. Él nunca ejerció autoridad de manera autoritaria sobre sus discípulos. Al contrario, los sirvió enseñándolos, guiándolos correctamente, ministrándolos, alimentándolos, lavando sus pies y, finalmente, muriendo por ellos. No veo en qué momento eso cambió, hasta llegar al punto en que algunos hombres piensan que son superiores a sus hermanos.

Hoy en día, hay líderes que se comportan como estrellas de Hollywood, ostentando superioridad material y utilizando a los hermanos para que los atiendan como si fueran reyes. Hay quienes les llevan el maletín, les abren las puertas, les preparan la comida que desean, les sirven como choferes, como niñeras de sus hijos y hasta como guardaespaldas. Es una realidad muy triste, pero mucho más común de lo que se cree.

En algunas ocasiones visité una congregación cuyo pastor, durante las reuniones, me llevaba a su oficina. Ahí aparecían unas hermanas que me ofrecían café y charlábamos ante la mirada de un par de hermanos bien elegantes, que, parados firmemente y cruzados de brazos, se ubicaban a cada uno de los lados del pastor. La música de la reunión comenzaba a sonar, y yo le pedía ir a cantar con los hermanos, pero él me decía que no salía a escena hasta el momento de ministrar la Palabra.

Llegado ese momento, se paró y extendió sus brazos; entonces, automáticamente, los hermanos que estaban detrás de él le pusieron la chaqueta, tal como si fuera un rey, mientras que otros hermanos tomaban su Biblia y una toallita para secar su sudor, cuando él ni siquiera tenía que predicar, porque el orador invitado era yo. Ver esto desde afuera es muy impactante, y ciertamente sirve para saber lo que no desearía hacer jamás.

Líderes como estos siempre hablan mucho sobre paternidad, honra y sujeción incondicional. Lo peligroso de esto es que dichas enseñanzas contienen una parte de verdad, pero no hay nada más peligroso que las medias verdades, porque si esos principios no se ponen por obra de manera adecuada, pueden terminar siendo muy perversos.

Dios es el único Padre, y ciertamente puede ejercer ese rol a través de nosotros, así como Él es el único apóstol, el único profeta, evangelista, pastor o maestro. Pero Él ejerce esos roles mediante la impartición de Su Espíritu Santo, quien nos llama y nos capacita con Sus dones, talentos, capacidades y virtudes. No somos nosotros haciendo algo para Él, sino Él haciendo algo a través de nosotros.

Estos roles de servicio, bien ejercidos, pueden ser de gran bendición para nuestros hermanos, lo que naturalmente genera gratitud, admiración y honra. Pero esa honra no debe ser exigida ni asumida como un derecho absoluto. La obediencia de los hermanos es el resultado lógico del amor que sienten por el Señor y del respeto que nos brindan al

reconocernos como Sus siervos, pero jamás debe usarse para beneficio personal.

Entiendo que estos conceptos pueden incomodar a muchos, pero insisto: creo en la paternidad espiritual, pero no en aquellos que disfrutan ser llamados “papá” y llevan esa paternidad al extremo de exigir obediencia absoluta. Los ministros no podemos arrogarnos el derecho de decidir por nuestros hermanos si pueden irse de vacaciones, comprar o vender algo o tomar ciertas decisiones familiares. Eso es un verdadero disparate.

Una cosa es que algunos hermanos nos pidan consejo para una decisión personal, y otra muy distinta es exigirles que informen y consulten todo. Nosotros estamos para servir a nuestros hermanos, no para ser servidos, y en esto, hoy en día, muchos están fallando.

“Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.”

Apocalipsis 2:16 y 17

El Señor ofrece un camino de cambio para toda iglesia que se ha desviado de la humildad y el servicio: “El arrepentimiento”, es decir, “*metanoía*”: cambiar la manera de pensar para cambiar la manera de vivir. El llamado es a

una firmeza renovada, a rechazar las falsas doctrinas y a mantener la santidad, aun cuando eso signifique enfrentar rechazo y críticas.

A los vencedores, Jesús promete: *“daré del maná escondido, y les daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.”* El maná simboliza el sustento espiritual que sólo Él puede dar, el alimento que nutre el alma hambrienta en medio de un mundo que ofrece solo ilusiones.

La piedrecita blanca es un símbolo de aceptación y pureza, y el nombre nuevo representa la identidad transformada que recibe el creyente que permanece fiel a Cristo, incluso en medio de los compromisos y presiones del mundo.

Pérgamo nos habla a nosotros hoy, invitándonos a mantenernos firmes y a no ceder ante las corrientes que buscan suavizar el evangelio o acomodarlo a las modas pasajeras. Nos desafía a ser una iglesia santa, que ama pero no utiliza el amor para justificar pecado; que busca la paz, pero no a costa de la verdad; que se mueve en la gracia, pero sin perder la firmeza. En un mundo que relativiza la moral y banaliza la fe, la Iglesia está llamada a ser el faro inamovible que refleja la luz pura de Cristo.

Oración: *“Señor Jesús, en medio de un mundo que cambia y que a menudo se aleja de Tu verdad, ayúdame a permanecer firme. No permitas que ceda ante las presiones*

ni que mis convicciones se doblen por miedo o comodidad. Dame la valentía de ser santo, la sabiduría para discernir lo que viene de Ti, y la fuerza para resistir toda corrupción. Que mi vida, mi ministerio y la congregación a la que pertenezco, podamos ser el reflejo de Tu fidelidad inquebrantable. En tu nombre, amén”.



Capítulo cuatro

EL CUARTO MENSAJE PARA LA IGLESIA

De Tiatira a la actualidad

“Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto: Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras.”

Apocalipsis 2:18 y 19

Tiatira, ciudad ubicada en el corazón de Asia Menor, se distinguía por su dinámica actividad comercial, y su floreciente industria textil. Allí se elaboraban tejidos finos, teñidos con colores vivos que eran apreciados en regiones lejanas. Esta ciudad, en apariencia vibrante y próspera, ocultaba tras su superficie una compleja red de influencias religiosas y sociales que penetraban hasta lo más íntimo de su comunidad.

Entre las corrientes que tejían la vida espiritual de Tiatira, destacaba la presencia de cultos paganos, donde diosas como Afrodita y otras deidades femeninas eran

adoradas con prácticas que mezclaban la idolatría con la inmoralidad. La influencia de estas religiones misteriosas se sentía especialmente en las mujeres y en algunos sectores de la iglesia local, donde ciertas enseñanzas y costumbres comenzaban a permear, generando una mezcla peligrosa entre la verdad de Cristo y las falsas doctrinas.

En medio de este ambiente, la carta que Juan recibe para la iglesia de Tiatira es un llamado a discernir y sanar. El Señor se presenta con autoridad: ***“El Hijo de Dios, que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido”***. Esta imagen revela a un Cristo que ve con intensidad cada detalle del corazón y que pisa con firmeza sobre cualquier raíz de pecado o engaño. No hay nada oculto ante Él.

En el silencio solemne que precede a la voz del Señor, la iglesia de Tiatira recibe una revelación que no es un simple título ni una descripción poética para embellecer un mensaje. Cada palabra es una espada que corta las fibras del alma, una imagen que sacude las raíces del corazón. Cristo mismo se presenta con majestad incomparable y ante semejante presentación el espíritu se inclina, los labios callan y el alma se queda sin excusas. Este no es un Cristo domesticado por nuestras interpretaciones; es el Cristo glorioso, santo, ardiente, que se pasea entre sus iglesias con autoridad de Rey y pureza de fuego eterno.

El mensaje comienza con un golpe de realidad: el que habla no es un profeta, ni un apóstol, ni un ángel enviado. El

que habla es el Hijo de Dios, el unigénito del Padre, el heredero de todas las cosas, aquel en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Este título no admite rivales ni equivalentes. Es un recordatorio solemne de que la Iglesia no es una organización humana gobernada por consensos terrenales, sino un organismo vivo que pertenece al Hijo eterno, quien la compró con su propia sangre.

En Tiatira abundaban los títulos, los honores y las influencias. Era una ciudad conocida por sus gremios y asociaciones, donde la aceptación social se compraba a costa de comprometer la fe. En medio de esa cultura, Cristo se presenta no como un maestro entre otros, sino como el único Señor, la voz final, el juez infalible, el dueño legítimo de la Iglesia.

Sus palabras no son recomendaciones, son decretos divinos. No son consejos a negociar, son mandamientos que determinan la vida y la muerte espiritual. Ante el Hijo de Dios, toda otra voz calla, todo otro gobierno pierde poder, y la autoridad humana se desvanece como niebla al amanecer.

Luego, la visión nos conduce a su mirada: ***“ojos como llama de fuego”***. Ninguna imagen podría describir mejor la intensidad y la pureza del conocimiento de Cristo. Sus ojos no solo ven, sino que arden. No solo observan, queman. Allí donde su mirada se posa, no queda oscuridad sin ser iluminada, ni secreto sin ser expuesto. La llama no es pasiva; avanza, consume, purifica.

Los hombres pueden engañar a otros con palabras suaves, apariencias piadosas, obras que parecen amor y servicio. Pero los ojos del Señor atraviesan el velo. Penetran más allá del discurso religioso, más allá de la reputación ministerial, más allá de las fachadas de santidad. En Tiatira, donde la tolerancia hacia la inmoralidad y la falsa profecía se disfrazaba de “amor” y “libertad”, los ojos de Cristo encendían un juicio santo: ***“Yo conozco tus obras”***. No hay engaño posible bajo esa mirada.

Estos ojos son también misericordia ardiente, pues no solo revelan el pecado, lo consumen si el corazón se rinde al fuego purificador. Quien se expone a la llama de su mirada no queda igual. El fuego de Cristo quema la escoria del corazón, derrite la dureza del alma, enciende un amor verdadero que ninguna corrupción puede apagar. Negar esa mirada es vivir en tinieblas; rendirse a ella es ser transformados hasta brillar con la luz del Reino.

Además, el Cristo glorioso se nos revela con pies semejantes al bronce bruñido. En las visiones bíblicas, el bronce bruñido habla de resistencia probada, fuerza invencible, pureza después del fuego. Sus pies no son de barro como los de los reinos humanos, inestables y frágiles. Sus pies son de metal incandescente, símbolo de un gobierno que no se tambalea, de una justicia que pisa con autoridad y deja tras de sí huellas eternas.

Cristo camina en medio de Su Iglesia con pasos firmes, no como un visitante ocasional que observa de lejos, sino

como el Señor que recorre su heredad para purificarla, ordenarla y llenarla de Su gloria. Sus pies no se desvían, no se cansan, no retroceden ante el enemigo. Donde Él pisa, la oscuridad se retira. Donde Él pone su pie, la mentira no puede sostenerse, los ídolos caen y los reinos de este mundo se inclinan.

Para Tiatira, sus pies de bronce eran a la vez una advertencia y una esperanza. Advertencia, porque ningún terreno donde la Iglesia se haya contaminado quedará sin ser hollado por la justicia del Señor. Esperanza, porque esos mismos pies que pisan con autoridad son los que sostienen a los fieles, los que los llevan victoriosos hasta el final, los que aseguran que ninguna fuerza de corrupción podrá arrebatarnos la herencia prometida.

La presentación de Cristo a Tiatira es, al mismo tiempo, un llamado y un juicio. Un llamado a ver al Señor tal como es: no un líder débil que tolera todo, no un amigo que aprueba nuestras concesiones, sino el Hijo de Dios con mirada de fuego y pasos de bronce ardiente. Y un juicio contra toda mezcla, contra toda complacencia, contra todo pecado disfrazado de gracia barata.

Hoy en día, la Iglesia necesita volver a esta visión de Cristo. Necesitamos recordar que seguimos a un Rey cuyas pupilas arden de santidad, cuyas pisadas estremecen la tierra, cuyo título es incomparable. Necesitamos que sus ojos atraviesen nuestras máscaras, que su fuego queme nuestra doble vida, que sus pies nos enseñen a caminar en firmeza y

pureza en medio de un mundo que quiere seducirnos con compromisos y alianzas impuras.

El Cristo de Tiatira sigue siendo el Cristo de la Iglesia actual. Él sigue mirando, sigue caminando, sigue hablando con voz de Hijo eterno. Sus ojos no han dejado de arder, sus pies no han dejado de avanzar, su autoridad no ha disminuido un ápice. La pregunta es: ¿lo reconoceremos así? ¿Nos dejaremos purificar por su fuego? ¿Nos rendiremos a su caminar invencible?

Quien lo hace, aunque el mundo entero se derrumbe, aunque las amenazas del infierno se desaten, puede descansar en una certeza: los pies de bronce de Cristo pisan firme y llevan a sus fieles hasta la gloria, y sus ojos de fuego nunca dejarán de velar por los que lo aman en verdad.

“Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras.”

Apocalipsis 2:20 al 23

Jesús reconoce el crecimiento espiritual y la caridad de la iglesia de Tiatira, destacando que sus obras, amor y servicio no han pasado desapercibidos. Sin embargo, entre elogios surge una grave preocupación: ***“Tienes a Jezabel, que se dice profetisa, que enseña y engaña a mis siervos para que cometan fornicación y coman cosas sacrificadas a los ídolos”***. La mención de Jezabel es clara y directa, evocando la infame reina del Antiguo Testamento que llevó a Israel a la idolatría y al pecado.

Esta mujer, figura simbólica o literal, estaba introduciendo una enseñanza que conducía a la iglesia a la inmoralidad y a la participación de cultos paganos, lo cual Jesús no puede tolerar. No se trata simplemente de un error doctrinal, sino de una corrupción espiritual que afecta el cuerpo de Cristo en su centro más vulnerable: el corazón y la conducta.

En la iglesia de Tiatira, el problema no era solo la doctrina errada, sino la permisividad ante ella. Jesús señala: ***“Has tolerado a esa mujer, que se llama Jezabel, que se dice profetisa, y la toleras...”*** (Apocalipsis 2:20). La tolerancia al pecado y al error no es una postura pasiva, sino una grave amenaza que pone en riesgo la salud espiritual de toda la comunidad. La iglesia que permite la mezcla de la verdad con el error, la pureza con la inmoralidad, comienza a perder su fuerza y su testimonio.

Jesús nombra esa voz como ***“Jezabel”***, evocando el recuerdo de aquella reina pagana que en los días de Israel

sedujo al pueblo de Dios con la idolatría y la inmoralidad, desviándolos del pacto santo que los unía al Señor. La historia parecía repetirse en la pequeña ciudad de Tiatira, y la advertencia del cielo no podía ser ignorada.

La reprensión del Señor no estaba dirigida únicamente a la mujer que se hacía llamar profetisa, sino a la actitud permisiva de la iglesia, que, por no confrontar el error, había permitido que sus siervos fuesen seducidos, arrastrados a un doble pecado: la fornicación y la participación en los banquetes idolátricos. Era una corrupción del corazón que se disfrazaba de espiritualidad, un mensaje que se presentaba como revelación divina, pero que tenía la esencia de las tinieblas.

Jezabel se decía profetisa, pero no hablaba de parte del Altísimo. Sus palabras no conducían a la santidad ni a la fidelidad al Señor, sino a un evangelio adulterado, donde el pacto con Cristo era traicionado por los abrazos de un mundo que ofrece placer y poder a cambio de la pureza del alma.

El Maestro deja ver su paciencia aun frente a tan grande engaño. Dice que le ha dado tiempo para que se arrepienta, pero ella no quiere. Estas palabras revelan el corazón de Dios, lento para la ira, abundante en misericordia, que da espacio al cambio incluso a los más rebeldes.

Pero también dejan al descubierto la obstinación del pecado, ese poder que puede cerrar los oídos y endurecer el corazón al punto de despreciar la gracia ofrecida. La

paciencia divina no es licencia para persistir en la rebelión; es un intervalo sagrado para volver al camino recto. Cuando ese tiempo se desperdicia, el juicio se hace inevitable, no por falta de amor divino, sino por la dureza del alma que rechaza la luz.

El Señor anuncia entonces un juicio que es tan justo como inevitable. La cama que había sido escenario de fornicación se convertirá en cama de aflicción, un lugar de dolor y vergüenza. Aquellos que se unieron a ella en adulterio espiritual serán lanzados a gran tribulación, a menos que se arrepientan.

La voz de Cristo no deja lugar a equívocos: la gracia sigue abierta para quien se vuelve a Él, pero la justicia alcanzará al que persiste en el engaño. Y no solo Jezabel y sus cómplices, sino también sus “hijos”, los discípulos formados a su sombra, los que recibieron y propagaron su enseñanza corrupta, serán alcanzados por el juicio de muerte.

Este anuncio tiene un propósito que va más allá del castigo individual: ***“y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón...”*** Cristo se presenta como el que conoce lo profundo del ser, el que ve las motivaciones ocultas, los pensamientos que nadie más puede descifrar. Él no juzga por apariencias ni por palabras, sino por la verdad interior de cada alma, y dará a cada uno según sus obras.

“Pero a vosotros y a los demás que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga; pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga. Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

Apocalipsis 2:24 al 29

Sin embargo, la voz del Señor no solo condena; también consuela y fortalece. Entre la confusión y el veneno doctrinal, había un remanente fiel en Tiatira. Ellos no habían aceptado las enseñanzas perversas ni habían sido seducidos por lo que algunos llamaban ***“las profundidades de Satanás”***, un conocimiento oculto que pretendía ser revelación superior pero que era abismo y tinieblas. A estos, el Señor les da un encargo sencillo y poderoso: ***“retened lo que tenéis hasta que yo venga”***.

No se les pide una carga nueva, sino la perseverancia en la verdad ya recibida, el aferrarse al evangelio puro en medio de la tormenta de voces falsas. Cuando la iglesia está rodeada de doctrinas contaminadas, la verdadera victoria no está en inventar respuestas humanas, sino en guardar intacta la Palabra viva que una vez se oyó de los labios del Pastor eterno.

La carta culmina con una promesa gloriosa a los vencedores, a los que guardan las obras de Cristo hasta el fin. Él les dará autoridad sobre las naciones, compartiendo con ellos la herencia del Reino en la tierra, la misma autoridad que recibió de su Padre para regir con justicia y quebrar el poder del mal como un vaso frágil se rompe bajo una vara de hierro.

Pero la recompensa no se limita al poder; hay algo aún más sublime: *“les daré la estrella de la mañana”*. Cristo mismo es esa estrella, la luz que brilla cuando la noche está por terminar, el anuncio de un amanecer eterno. Recibir la estrella de la mañana es recibir a Cristo en plenitud, es poseer la gloria de su presencia, es el cumplimiento supremo de todas las esperanzas del corazón redimido.

El mensaje a Tiatira se cierra con la advertencia que atraviesa todas las generaciones: *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”*. No es un texto para ser archivado en la memoria de una comunidad antigua; es una palabra viva que habla hoy a una iglesia que enfrenta los mismos peligros. Porque también en nuestros tiempos se levantan voces que se dicen proféticas, pero llevan al pueblo de Dios a alianzas impuras, doctrinas que justifican la mundanalidad, enseñanzas que permiten amar a Cristo y al mismo tiempo amar los ídolos modernos.

También hoy hay corazones que confunden el amor con la tolerancia al pecado, que creen que callar frente al error es un acto de unidad, cuando en realidad es complicidad

con la oscuridad. Y también hoy hay un remanente que se niega a negociar la verdad, que guarda la Palabra aunque le cueste rechazo, soledad o persecución.

A estos últimos, el Señor les dice lo mismo que dijo a Tiatira: ***“retened lo que tenéis hasta que yo venga”***. Porque el que persevere hasta el fin, no solo verá al Rey viniendo en gloria, sino que reinará con Él y recibirá la luz eterna de su presencia.

La voz que habló a Tiatira sigue siendo la voz que llama a la Iglesia contemporánea a la pureza, al discernimiento y a la fidelidad inquebrantable. Jesús escudriña aún hoy en día, la mente y el corazón. Nada le es oculto.

Aquel que tolera el error en su casa, en su ministerio, en su vida, debe saber que la gracia tiene un tiempo y que la obstinación en el pecado traerá disciplina y pérdida. Pero aquel que resiste, que guarda las obras del Señor, que rechaza la seducción de un evangelio adulterado, será hallado vencedor y participará del triunfo eterno de Cristo.

Este mensaje no es una opción para el que quiere vivir a medias la fe; es un llamado urgente a ser hallado fiel cuando la voz del Hijo de Dios, con ojos como llama de fuego, vuelva a resonar en medio de su Iglesia para juzgarla y recompensarla según la verdad que solo Él conoce.

Oración: *“Señor Jesús, Hijo de Dios con ojos como llama de fuego, hoy te entrego mi corazón para que penetres en lo profundo y enciendas en mí el deseo de santidad verdadera. Quiero amarte con un amor que no tolera el error ni la mentira, sino que busca siempre la verdad y la restauración. Ayúdame a discernir Tu voz, a resistir las influencias que me alejan de Ti y a vivir como un reflejo de Tu amor transformador. Fortalece a Tu iglesia para que no tolere lo que la destruye, sino que camine en la luz, en la gracia y en el poder de Tu buen Espíritu. Que la estrella de la mañana brille en nuestras vidas, guiándonos hasta el día en que estemos contigo para siempre. Amén.”*



Capítulo cinco

EL QUINTO MENSAJE PARA LA IGLESIA

De Sardis a la actualidad

“Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios...”

Apocalipsis 3:1 y 2

Sardis, ciudad de esplendor pasado y gloria desvanecida, se erige como un símbolo del letargo espiritual que puede apoderarse de una iglesia que ha perdido su fuego interior. La primera línea del mensaje la sitúa frente al espejo de la verdad divina: ***“El que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas dice esto...”*** No es cualquier voz la que habla, sino la del Señor glorificado, aquel cuya plenitud del Espíritu Santo, representada por ***“los siete espíritus”***, y autoridad sobre los mensajeros de las iglesias, ***“las siete estrellas”***, confieren a sus palabras un peso eterno. Cristo no se dirige a Sardis como un observador distante, sino como el

Señor soberano que sostiene en su mano a la iglesia y conoce la verdadera condición de su corazón.

La expresión *“Yo conozco tus obras”* desenmascara la ilusión de la reputación. Sardis tenía *“nombre de que vivía”*, es decir, poseía prestigio entre los hombres, quizá una historia de avivamientos pasados, una fama de iglesia activa o de fe ejemplar. Pero la voz de Cristo penetra más allá de los títulos y de las apariencias. *“Y estás muerto”*, sentencia el Señor con una declaración que hiere el orgullo, pero que es necesaria para arrancar la máscara del autoengaño. Es la autopsia espiritual de una comunidad que se sostenía en los recuerdos de una gloria antigua, sin darse cuenta de que la savia del Espíritu ya no corría por sus venas.

La teología de este versículo nos obliga a confrontar una verdad incómoda: la vida espiritual no se define por la percepción humana ni por el pasado, sino por la vitalidad presente del Espíritu de Dios en medio de su pueblo.

Una iglesia puede tener renombre, edificios llenos, programas abundantes, y aun así estar muerta porque la vida de Cristo no palpita en su interior. Esta muerte no es física ni organizativa, sino espiritual: ausencia de fuego, de pureza, de verdadera comunión con el Señor.

Este versículo también nos habla del peligro de las apariencias en la vida cristiana. Sardis vivía de su *“nombre”*, de una reputación pasada. Así como un cadáver puede ser embalsamado y vestido con elegancia para ocultar la muerte,

la iglesia puede maquillar su decadencia espiritual con actividades, discursos y estructuras, mientras su interior está seco. Esta es la advertencia para cada creyente y para cada congregación: la vida verdadera no se mide por la percepción externa, sino por la unión constante con Cristo, la vida que da vida a sus ramas (**Juan 15:4 al 6**).

En este primer toque de trompeta a Sardis, el Señor no condena por completo, pero tampoco suaviza la verdad. La muerte espiritual es un hecho, y solo una confrontación directa puede despertar a una iglesia que duerme en la ilusión de su buena fama. La declaración de Cristo es juicio, pero también es gracia: cuando el Señor revela la muerte es porque desea impartir vida; cuando denuncia la falsa apariencia, es para llevarnos a la autenticidad de Su presencia.

El Señor le dice: “*Sé vigilante...*” La orden resuena como el toque de una trompeta en medio de la noche, como el grito del centinela que intenta salvar una ciudad dormida al borde del desastre. Sardis, conocida históricamente por sus murallas supuestamente inexpugnables, había caído dos veces en el pasado por un mismo motivo: descuido y exceso de confianza. Sus centinelas no vieron venir al enemigo y la ciudad fue tomada sin resistencia. Cristo utiliza esa memoria histórica para desnudar la realidad espiritual de la iglesia.

El llamado a la vigilancia es, en esencia, un llamado al despertar. Significa romper con la rutina religiosa, sacudir el letargo del alma, dejar de vivir en piloto automático espiritual. Una iglesia puede estar muerta aun cuando sus

actividades sigan funcionando como un engranaje bien aceitado; porque la vida verdadera se pierde cuando los ojos del corazón se cierran y dejan de percibir el mover del Espíritu, cuando ya no hay sensibilidad a la voz del Señor ni un clamor sincero por Su presencia.

El segundo mandato es igualmente crucial: **“y afirma las otras cosas que están para morir”**. Sardis no estaba completamente desprovista de bien, pero incluso aquello que quedaba, lo poco que aún tenía chispa de vida, estaba a punto de extinguirse. La iglesia necesitaba fortalecer sus convicciones, su fe, sus prácticas espirituales, antes de que el soplo del mundo y del pecado terminara por sofocar lo poco que aún ardía.

Aquí la teología nos enseña que la gracia de Dios siempre deja un remanente, una oportunidad de restauración. Incluso en la iglesia más decadente, el Señor puede encontrar un punto de partida para traer vida. Pero ese proceso no es automático: requiere vigilancia, esfuerzo, volver a los fundamentos, recuperar lo esencial. La restauración espiritual demanda que la iglesia se aferre a la Palabra, a la oración, a la comunión con el Espíritu, y que deseche todo lo que sofoca la vida de Dios en ella.

La razón de este llamado es contundente: **“porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios”**. La palabra **“perfectas”** aquí no se refiere a obras impecables en un sentido moral absoluto, sino a obras “completas”, “plenas”, hechas en la plenitud del Espíritu y en obediencia sincera.

Sardis, como muchas iglesias de todos los tiempos, tenía obras visibles, pero carentes de sustancia espiritual. Tal vez sus programas estaban llenos, sus actividades eran numerosas, pero a los ojos de Cristo carecían de la vida que procede de la unión verdadera con Él. Las obras de Sardis habían quedado inconclusas, vacías de poder, desconectadas de la fuente divina.

Este juicio nos confronta hoy, porque muestra que el criterio de Cristo no es la cantidad de obras ni su apariencia ante los hombres, sino su esencia ante Dios. Una obra es completa cuando nace de la comunión con el Señor, cuando es impulsada por Su Espíritu, cuando lleva el sello de Su presencia y Su gloria. Todo lo demás, aunque parezca grande, queda incompleto. Una iglesia puede hacer mucho y lograr poco a los ojos del cielo, si lo que hace no procede de un corazón vigilante, encendido por la vida de Cristo.

“Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.”

Apocalipsis 3:3

El tercer versículo del mensaje a Sardis se eleva como un eco de misericordia en medio de la sentencia de muerte espiritual. Si los dos primeros versículos describían la condición de la iglesia y la urgencia del despertar, aquí el Señor traza el camino del retorno. La exhortación comienza con un verbo fundamental para la vida de fe: ***“Acuérdate...”***.

La memoria espiritual es el primer paso hacia la restauración; cuando el presente está enfermo, la medicina se halla en volver a las fuentes, a los días cuando la gracia de Dios fue recibida en pureza y el corazón ardía con la llama del primer amor.

Cristo no le pide a Sardis que invente algo nuevo, sino que vuelva a lo que ya recibió. **“Lo que has recibido y oído”** hace referencia al Evangelio, a la enseñanza apostólica, a la verdad viva que en otro tiempo había llegado a sus oídos y había encendido su fe.

Con el paso del tiempo, esta verdad fue desatendida, relegada, quizá sustituida por doctrinas humanas, por tradiciones vacías, por un activismo sin sustancia. El remedio de Cristo es recordar: volver a beber del manantial puro, traer a la memoria la Palabra viva que un día despertó el alma a la luz del Reino.

Pero la memoria por sí sola no basta; el Señor añade: **“y guárdalo”**. No se trata solo de recordar con nostalgia, sino de custodiar con celo lo recibido, de mantener viva la llama, de aferrarse a la verdad con todo el corazón. La palabra “guardar” aquí implica obedecer, atesorar, no dejar que las distracciones del mundo, el letargo espiritual o las falsas enseñanzas roben lo que Dios ha depositado. Una iglesia puede escuchar mil sermones y perderse si no guarda en su corazón la Palabra como un tesoro irrenunciable.

Luego viene la tercera orden, el punto de quiebre del pasaje: **“y arrepiéntete...”** La restauración espiritual nunca será posible sin un cambio de rumbo. Recordar y guardar la verdad son actos incompletos si no conducen a una conversión profunda del corazón.

Sardis debía reconocer su pecado, abandonar la soberbia de su “nombre”, llorar su muerte espiritual y volver al Señor con sinceridad. El arrepentimiento es la llave que abre la puerta al avivamiento; es el acto por el cual la iglesia muerta se inclina ante el Dador de la vida y suplica un nuevo soplo del Espíritu.

El Señor, sin embargo, no habla solo en términos de gracia, sino también de advertencia: **“Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.”** Aquí se introduce un tono escatológico y solemne. Cristo, el Señor de la iglesia, no solo visita en misericordia; también puede venir en juicio contra una congregación que persiste en su negligencia.

La figura del ladrón evoca sorpresa, irrupción repentina, la llegada en un momento inesperado. No se trata de la Segunda Venida final, aunque la anticipa en cierta manera, sino de una visita de disciplina divina que puede traer consecuencias irreversibles para una iglesia que se niega a despertar.

Hoy en día, el Espíritu sigue diciendo lo mismo a la iglesia contemporánea: **“Acuérdate de lo que has recibido y**

oído". Volver a las Escrituras, volver al Evangelio puro, volver a la cruz y a la resurrección de Cristo, es el camino para salir del letargo espiritual.

Guardar esa verdad como un tesoro y arrepentirse de la superficialidad, del orgullo, de la hipocresía, son los pasos para que la iglesia vuelva a ser lámpara encendida en medio de las tinieblas. Y siempre bajo la solemne advertencia: si no velamos, Él vendrá de manera inesperada, y ese día quedará revelado si vivíamos realmente en la luz o solo teníamos ***“nombre de que vivíamos”***.

“Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas.”

Apocalipsis 3:4

El mensaje a Sardis, hasta ahora marcado por un diagnóstico severo de muerte espiritual y llamado al arrepentimiento, se detiene en este cuarto versículo para introducir un rayo de esperanza. En medio de una iglesia adormecida, sin vigilancia, sostenida solo por la fama del pasado, Cristo descubre un pequeño remanente fiel: “unas pocas personas... que no han manchado sus vestiduras”. Dios siempre preserva un pueblo que no se doblega a la corrupción, aun cuando la mayoría haya perdido el brillo de la fe.

Este detalle nos recuerda que cada creyente tiene la responsabilidad de velar por su propia comunión con Cristo.

La fe no depende del ambiente espiritual circundante, sino de una relación directa con el Señor. Así como Lot permaneció justo en medio de Sodoma, o como Elías creyó estar solo mientras Dios preservaba a siete mil que no habían doblado rodilla ante Baal, también en Sardis existía un remanente fiel, un pequeño grupo que resistía la muerte espiritual que envolvía a la congregación.

La promesa para estos fieles es gloriosa: “*andarán conmigo en vestiduras blancas*”. Esta frase evoca intimidad y comunión eterna con Cristo. No se trata solo de la recompensa futura en la gloria celestial, sino de un anticipo de la comunión presente con el Señor. Andar con Él es caminar en su luz, compartir su victoria, participar de su pureza.

Las vestiduras blancas no son un mérito humano, sino el resultado de haber sido lavadas en la sangre del Cordero (**Apocalipsis 7:14**). La dignidad de estas personas no es autogenerada, sino que proviene de una fe viva que se mantiene unida a la fuente de la vida y de la santidad.

El hecho de que Cristo diga “*porque son dignas*” no contradice la doctrina de la gracia. Nadie es digno en sí mismo de andar con el Señor. La dignidad aquí es fruto de la fidelidad: son dignos porque no cedieron a la mancha del pecado, porque honraron al Señor en medio de una iglesia muerta, porque vivieron en obediencia mientras otros vivían de apariencias.

“El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.”

Apocalipsis 3:5

El mensaje a Sardis, cargado de advertencias y llamamientos al arrepentimiento, alcanza en este versículo su punto más alto de promesa para los fieles. Como en todas las cartas a las iglesias del Apocalipsis, Cristo dirige sus palabras al “que venciere”, al creyente que persevera, que resiste el letargo espiritual, que mantiene viva la fe en medio de la muerte que lo rodea.

La vida cristiana es presentada aquí como una batalla, y solo los que vencen alcanzan la herencia prometida. La victoria no es un logro humano, sino el fruto de una fe que se aferra a Cristo hasta el final, superando pruebas, tentaciones y la presión de un ambiente espiritual enfermo.

La segunda promesa es profundamente solemne: ***“y no borraré su nombre del libro de la vida”***. Este libro, mencionado en varias partes de la Escritura, es el registro celestial de los que pertenecen al Señor y tienen parte en la vida eterna (**Éxodo 32:32 y 33; Filipenses 4:3; Apocalipsis 20:12**). La expresión de Cristo no implica que los nombres puedan ser borrados con facilidad, sino que subraya la seguridad de los vencedores: su pertenencia al Reino es irrevocable, su ciudadanía celestial es firme.

La promesa también tiene un tono de advertencia implícita para quienes se conforman con la muerte espiritual: hay quienes solo tienen nombre en la tierra, pero no en el cielo; hay quienes viven de reputaciones humanas, pero nunca fueron inscritos por la fe genuina en el libro de la vida del Cordero.

La tercera y última promesa de este versículo es profundamente íntima y gloriosa: ***“confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.”*** Cristo no solo preserva el nombre del vencedor, sino que lo reconoce públicamente ante las cortes celestiales.

En aquel día, cuando todos comparezcan ante el trono del Padre, el Hijo se levantará como testigo fiel y abogado, declarando los nombres de aquellos que le pertenecen. Esta promesa cumple las palabras de Jesús en los evangelios: ***“A cualquiera que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos”*** (Mateo 10:32). Es la certeza de que la fe que resistió en la tierra será honrada en el cielo, que los que permanecieron firmes en la oscuridad serán reconocidos en la luz eterna de la gloria divina.

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

Apocalipsis 3:6

Con esta frase, que aparece al final de cada mensaje a las siete iglesias, el Señor Jesucristo sella su exhortación a

Sardis. No es un cierre casual, sino un llamado solemne a una escucha que va más allá del sentido físico. **“El que tiene oído...”** no es una referencia meramente biológica; se trata de la capacidad espiritual para recibir la palabra divina, de un oído abierto por la fe y sensible a la voz del Espíritu Santo.

Hay quienes oyen el sonido de las palabras, pero no escuchan el mensaje; hay quienes reciben información, pero no son transformados por la revelación. Por eso Cristo concluye con esta advertencia: el verdadero peligro no está solo en estar muerto, sino en no querer oír al que trae la vida.

Notemos también que la frase dice: **“lo que el Espíritu dice a las iglesias”** en plural. Aunque el mensaje se dirige a una congregación específica, la advertencia trasciende su contexto histórico y se extiende a todo el cuerpo de Cristo en todas las generaciones.

El Espíritu sigue hablando hoy con la misma urgencia y verdad. Lo que ocurrió en Sardis no es un caso aislado: es un espejo para toda iglesia y todo creyente que confía en su reputación, pero descuida la vigilancia espiritual y deja morir la vida interior. Cada palabra dirigida a Sardis se convierte en un mensaje vivo y actual para los que hoy tienen oídos dispuestos a escuchar.

Este versículo final es, entonces, una invitación universal y perpetua: a cada iglesia, a cada creyente, a cada generación, el Espíritu sigue hablando. No endurezcamos el oído ni el corazón. Porque la palabra que viene de Dios no es

solo para ser admirada, sino para ser obedecida; y en esa obediencia se encuentra la vida que Sardis perdió, y que Cristo quiere restaurar en todos los que escuchan y responden a Su voz.

El mensaje a la iglesia en Sardis se eleva como un grito profético a través de los siglos, atravesando el velo del tiempo para llegar a cada generación cristiana. En solo seis versículos, Cristo revela una realidad devastadora y, al mismo tiempo, abre la puerta a una esperanza eterna.

Sardis es el espejo de una tragedia espiritual: tener reputación de vida y, sin embargo, estar muerta; vivir de glorias pasadas mientras la llama presente del Espíritu se extingue; conservar un nombre ante los hombres, pero perder la autenticidad de la comunión con Dios. Esta carta no es solo la historia de una iglesia local del siglo I; es un retrato repetido una y otra vez en la historia del cristianismo, un aviso para toda congregación y todo creyente que se conforma con las apariencias mientras la vida interior se desvanece.

Sardis no es solo un mensaje histórico; es una advertencia viva para cada creyente y cada comunidad cristiana. Hoy, como entonces, la tentación de vivir de apariencias, de sostener un nombre sin vida, de dejar apagar la llama del Espíritu, es real y peligrosa. Pero la voz de Cristo sigue sonando, invitando a despertar, a volver al Evangelio, a velar y perseverar, a vencer por medio de la fe.

Oremos: *“Señor Jesús, hoy escuchamos Tu voz llamándonos a volvernos a Ti con sinceridad y abnegación. Perdónanos si hemos realizado obras, diseños o estrategias que Tú no has determinado. Volvemos nuestros pies a Tu voluntad, queremos recibir, interpretar y poner por obra Tus deseos. Enciende la llama de Tu Espíritu en nuestras vidas, que podamos ser ese remanente fiel que Tú te reservas para alabanza de Tu gloria. Te lo pedimos en el nombre de Jesús... Amén.”*



Capítulo seis

EL SEXTO MENSAJE PARA LA IGLESIA

De Filadelfia a la actualidad

“Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre...”

Apocalipsis 3:7 y 8

La voz del Cristo resucitado se dirige a la iglesia en Filadelfia con un mandato solemne: *“Escribe al ángel”*. Esta orden, repetida en todas las cartas a las iglesias del Apocalipsis, trasciende la acción mecánica de escribir; es un llamado a registrar para la eternidad las palabras que provienen de la boca del Hijo glorificado.

Cristo se presenta aquí con tres títulos que revelan su esencia y su autoridad suprema: el Santo, el Verdadero, y el

que tiene la llave de David. Cada uno de estos títulos tiene raíces profundas en la revelación bíblica y está lleno de resonancias mesiánicas y escatológicas.

El primer título, *“el Santo”*, nos traslada a Dios como alguien totalmente separado del pecado, moralmente puro y absolutamente digno de adoración. En **Isaías 6:3**, los serafines claman: *“Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos”*; ahora, el Cristo glorificado adopta para sí mismo este atributo divino, declarando así Su identidad plena con el Padre eterno.

El segundo título, *“el Verdadero”*, no se limita a expresar veracidad en oposición a la mentira. En la semántica griega, verdadero significa “auténtico, real, el original frente a las copias”. Cristo es el cumplimiento de todas las promesas, la sustancia frente a las sombras del Antiguo Testamento.

Finalmente, *“el que tiene la llave de David”* nos lleva inevitablemente a **Isaías 22:22**, donde se habla de Eliaquim, a quien se le da la llave de la casa de David: *“abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá”*. La llave es símbolo de autoridad administrativa sobre el Reino; es el poder de permitir o negar el acceso a la casa real. Jesús se proclama aquí como el Mesías davídico que posee la soberanía absoluta para abrir las puertas del Reino de los cielos o cerrarlas, sin que nadie pueda resistirle.

Hoy en día, cuando tantas puertas parecen bloqueadas, puertas para predicar, para restaurar familias, para ver avances espirituales en la sociedad, la iglesia necesita volver su mirada al que tiene la llave. El texto no dice que la iglesia posea la llave; dice que Cristo la tiene. Esto rompe nuestra autosuficiencia y nos conduce a una dependencia absoluta de Su voluntad.

Además, el hecho de que Él *“abre y ninguno cierra”* es un bálsamo para los corazones cansados. La obra de Dios no puede ser frustrada por decretos humanos, por gobiernos hostiles, por religiones sin vida ni por potestades de las tinieblas. Si Cristo abre, el acceso al Reino, a la misión y a la victoria eterna está garantizado. Por otro lado, cuando Él cierra, ninguna insistencia carnal puede forzar la entrada; esto nos llama a discernir su tiempo y su dirección en lugar de abrir puertas con nuestras propias manos.

Sin dudas, la iglesia de Filadelfia no es fuerte a los ojos del mundo: no tiene recursos abundantes, ni protección estatal, ni influencia social. Su única riqueza es haber guardado la palabra de Cristo y mantenerse fiel a su nombre. En el lenguaje bíblico, guardar la palabra significa abrazarla, protegerla, vivirla con perseverancia; y no negar Su nombre implica permanecer confesando públicamente a Cristo incluso ante la amenaza de rechazo o persecución.

Pero aquí Cristo dice: *“aunque tienes poca fuerza”*, yo soy quien te da acceso a la victoria. La segunda ilusión es la del fracaso aparente: cuando la iglesia es pequeña,

perseguida o pobre, el mundo la considera insignificante. Sin embargo, a los ojos de Cristo, la verdadera grandeza está en guardar su palabra y no negar su nombre. No es la cantidad de recursos, sino la calidad de la fidelidad lo que abre los cielos.

Hoy en día, muchas comunidades cristianas se sienten como Filadelfia: con poca fuerza, limitadas, marginadas por un mundo hostil, pero guardadas por la verdad del Evangelio. Este mensaje se convierte entonces en un susurro poderoso: no midas tu impacto por los parámetros del mundo, porque la puerta que importa no la abre la sociedad ni el poder político, sino Cristo mismo. Y lo que Él abre, ninguna ideología, ninguna ley humana, ningún espíritu opositor podrá cerrarlo.

“He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado.”

Apocalipsis 3:9

Las palabras de Cristo en este versículo resuenan como un veredicto celestial ante una injusticia terrenal. En la pequeña ciudad de Filadelfia, la iglesia fiel vivía bajo la presión de una comunidad religiosa hostil, identificada aquí como la **“sinagoga de Satanás”**. Esta expresión ya había aparecido en **Apocalipsis 2:9** para referirse a los opositores judíos que perseguían a los creyentes. La frase no pretende ser un ataque contra el pueblo judío en sí mismo, sino contra

aquellos que, pretendiendo ser verdaderos adoradores de Dios, en realidad se convertían en instrumentos de oposición al Evangelio y a Cristo mismo.

La acusación es clara: ***“se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten”***. Ser judío, en el sentido más profundo del término, no se limitaba a la descendencia étnica ni al rito externo de la circuncisión. El apóstol Pablo ya había dicho en **Romanos 2:28 y 29** que el verdadero judío es el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu y no en letra.

Aquí, Cristo denuncia una religiosidad vacía, una identidad espiritual falsa, una apariencia de fidelidad a Dios que, en realidad, se ha convertido en enemigo del Mesías y de su iglesia. Mienten porque su confesión externa contradice su corazón y sus actos; mienten porque, aunque se proclaman como pueblo de Dios, rechazan al Ungido que Dios ha enviado.

Entonces Jesús pronuncia una promesa extraordinaria: ***“yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado.”*** Esta es una escena de vindicación divina. Aquellos que ahora se erigen como jueces y perseguidores, que cierran puertas y marginan a la iglesia fiel, serán llevados por la soberanía de Cristo a un acto público de reconocimiento.

Vendrán, no por voluntad propia, sino porque el poder de Cristo los traerá; se postrarán, no para adorar a la iglesia,

sino para admitir la realidad del amor de Dios por su pueblo. Este lenguaje evoca pasajes del Antiguo Testamento como **Isaías 60:14**, donde se dice que los enemigos vendrán a humillarse y reconocerán que el Señor está con su pueblo.

En el trasfondo de este versículo se encuentra la tensión entre la comunidad cristiana naciente y ciertos grupos religiosos que, aferrados a la ley sin Cristo, perseguían a los creyentes. Pero el mensaje trasciende el primer siglo y habla de toda falsa religión, de todo poder espiritual que, bajo la apariencia de piedad, se convierte en enemigo de la verdad del Evangelio. Cristo promete que la mentira no tendrá la última palabra, y que la fidelidad de Su iglesia será públicamente reconocida en el tiempo señalado por Dios.

Para la iglesia de hoy, este versículo es un llamado a dos cosas: perseverancia y discernimiento. Perseverancia, porque no debemos desanimarnos cuando el mundo religioso o secular nos margina, nos acusa o nos calumnia. El reconocimiento del amor de Cristo no siempre llega ahora, pero llegará con certeza bajo su decreto soberano.

También debemos obrar con discernimiento, porque no toda religión, no todo discurso espiritual, ni todo lo que lleva el nombre de Dios es verdaderamente de Él. La verdadera identidad espiritual se mide por la relación con Cristo, el Santo y el Verdadero, no por linaje, tradición o rituales.

“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.”

Apocalipsis 3:10

Las palabras de Cristo en este versículo resuenan como una promesa de resguardo para una iglesia fiel. La frase inicial ***“por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia”*** contiene un significado espiritual profundo. El término griego traducido como “paciencia” no describe una espera pasiva, sino una perseverancia activa, una resistencia firme frente a la oposición y el sufrimiento.

Guardar esa palabra implica más que leerla o memorizarla: significa vivir conforme al ejemplo de Cristo, quien soportó el oprobio, la hostilidad y la cruz con firmeza inmovible, confiando plenamente en la voluntad del Padre (**Hebreos 12:2 y 3**).

La iglesia de Filadelfia, a pesar de su ***“poca fuerza”***, había aprendido a sostenerse en esta perseverancia santa. En medio de la persecución, no había soltado la palabra del Señor; había elegido caminar tras las huellas del Maestro sufriente, mostrando al mundo que el verdadero poder de Dios no se manifiesta en la fuerza humana, sino en la fidelidad que permanece en el fuego de la prueba.

Por esa razón, Cristo responde con una promesa solemne: ***“Yo también te guardaré de la hora de la prueba***

que ha de venir sobre el mundo entero.” Aquí el lenguaje se torna escatológico. *“La hora de la prueba”* alude a un tiempo específico, decretado por Dios, en el cual la humanidad será sometida a un examen profundo, revelando quién pertenece realmente al Cordero y quién no.

Este concepto se enlaza con otros pasajes del Apocalipsis donde se habla de la gran tribulación, los juicios divinos y la purificación final de los santos (**Apocalipsis 7:14; 13:10**). La expresión *“los que moran sobre la tierra”* se utiliza repetidamente en el libro para referirse a los impíos, aquellos que han hecho de la tierra su hogar definitivo y han rechazado la ciudadanía celestial (**Apocalipsis 6:10; 8:13; 11:10**).

La promesa de Cristo *“te guardaré”* no significa necesariamente una evasión total de la prueba, como si la iglesia fuera retirada del escenario del sufrimiento, sino una protección espiritual en medio del mismo. Así como Israel estuvo protegido por la sangre de los corderos durante las plagas de Egipto, así como los tres jóvenes hebreos fueron guardados en el horno ardiente, así Cristo promete a su iglesia preservar su fe, mantenerla firme y sostenerla bajo su cuidado soberano cuando la prueba universal sacuda los cimientos del mundo.

Este versículo muestra el carácter recíproco de la relación entre Cristo y su iglesia: la iglesia guarda Su palabra, y Él guarda a la iglesia; la iglesia persevera en la paciencia de Cristo, y Él persevera en su protección sobre ella. La

fidelidad terrenal recibe como respuesta la fidelidad celestial del Señor.

Además, debemos aprender que no es la iglesia la que se protege a sí misma de la prueba, sino que es Cristo quien la guarda. Muchos hoy buscan refugios en estrategias humanas, alianzas políticas o seguridades terrenales, pero la verdadera preservación viene del Cordero que reina. Su cuidado no garantiza la ausencia de dolor, pero sí asegura la permanencia de la fe y la victoria final. Ninguna hora de prueba puede arrebatar a los que el Padre ha puesto en sus manos (**Juan 10:28 y 29**).

“He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.”

Apocalipsis 3:11

Estas palabras son un recordatorio constante a lo largo del Nuevo Testamento de que la historia humana no se desarrolla en un ciclo infinito, ni en un destino incierto; camina hacia un encuentro inevitable con el Cristo glorificado que volverá como Juez y Rey (**Mateo 24:30; Hechos 1:11**).

La expresión *“pronto”* no debe entenderse solo en términos cronológicos, como si significara una inmediatez temporal, sino más bien en términos cualitativos: su venida será repentina, inesperada y segura.

El Señor continúa diciendo una vez más: ***“Retén lo que tienes.”*** Este mandato nos invita a imaginar a la iglesia de Filadelfia aferrándose con ambas manos a la fe, a la palabra guardada, al testimonio del nombre de Cristo, tal como se describe en los versículos anteriores. La expresión implica que existe un peligro real de que lo recibido pueda ser soltado o arrebatado. La vida cristiana no se trata solo de comenzar bien, sino de perseverar hasta el fin (**Mateo 24:13**).

La advertencia culmina con esta frase solemne: ***“para que ninguno tome tu corona.”*** En la cultura grecorromana, la corona no era la de un rey, sino la del vencedor en una competencia atlética o en una batalla. Representaba honor, victoria y recompensa. En el lenguaje del Nuevo Pacto, la corona se convierte en un símbolo de la vida eterna (**2 Timoteo 4:8; Santiago 1:12**) y del galardón prometido a los fieles.

Aquí Cristo advierte que esa recompensa puede perderse si no se persevera hasta el final. Nadie puede arrebatarse la salvación a los que son verdaderamente de Cristo (**Juan 10:28**), pero las Escrituras insisten en que la negligencia, la apostasía y la falta de vigilancia pueden llevar a perder la corona de victoria y honor que está preparada para los que vencen (**1 Corintios 9:24 al 27; Apocalipsis 2:10**). La tensión entre la gracia que sostiene y la responsabilidad de perseverar se mantiene aquí en equilibrio: la salvación es don divino, pero debe ser guardada y honrada hasta el último aliento.

“Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo.”
Apocalipsis 3:12

Las promesas del Señor a la iglesia de Filadelfia alcanzan su clímax en este versículo, donde se describe el destino glorioso del creyente victorioso. La palabra clave es ***“al que venciere”***, expresión repetida en todas las cartas del Apocalipsis para referirse al cristiano que, a pesar de la oposición del mundo, el pecado y las fuerzas demoníacas, permanece fiel hasta el final. La vida cristiana se presenta así como una batalla espiritual, un conflicto donde no basta comenzar bien: la verdadera victoria se corona en la perseverancia y la fidelidad final.

Cristo promete a ese vencedor algo extraordinario: ***“yo lo haré columna en el templo de mi Dios.”*** La imagen de la columna en la cultura bíblica habla de estabilidad, permanencia y honor. En un mundo como el de Filadelfia, donde los terremotos eran frecuentes y las edificaciones podían derrumbarse en un instante, la promesa de ser “columna” tenía un peso aún mayor: el creyente sería establecido para siempre en un lugar que ninguna fuerza podría sacudir.

El templo de Dios no es aquí una estructura física, sino la morada eterna de Su presencia, la realidad celestial donde

Dios habita con su pueblo (**Apocalipsis 21:3, 22**). Ser columna allí significa ser parte inseparable y honorable de la comunión eterna con el Señor.

Cristo añade aún más: *“y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén... y mi nombre nuevo.”* Esta triple inscripción es un sello de identidad y pertenencia irrevocable. En la antigüedad, marcar con un nombre significaba propiedad y protección. Tener el nombre de Dios escrito sobre el vencedor indica que pertenece para siempre al Señor, que está bajo Su autoridad y bajo Su cuidado.

Llevar el nombre de la ciudad de Dios, la nueva Jerusalén (**Apocalipsis 21:2**), habla de ciudadanía eterna en el Reino venidero, un hogar celestial que contrasta con las ciudades terrenales marcadas por la inestabilidad y la corrupción. Finalmente, recibir el nombre nuevo de Cristo es entrar en una intimidad profunda con el Señor, compartiendo con Él su gloria y su victoria final (**Apocalipsis 19:12**). Ese nombre nuevo, misterioso y glorioso, será revelado solo a los que venzan, como un sello de relación personal y eterna con el Salvador.

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

Apocalipsis 3:13

Este versículo, breve pero de un peso espiritual inmenso, cierra la carta a la iglesia de Filadelfia y, al mismo

tiempo, repite la exhortación presente en todas las cartas a las siete iglesias del Apocalipsis. Es como el eco divino que resuena después de cada mensaje del Cristo glorificado: ***“El que tiene oído, oiga.”*** Estas palabras remiten directamente a los evangelios, donde Jesús usaba esta expresión para llamar a la atención espiritual: ***“El que tiene oídos para oír, oiga”*** (Mateo 11:15; Marcos 4:9). No se refiere a la capacidad física de escuchar, sino a la disposición interior para recibir y obedecer la palabra divina.

El oído en la Escritura es símbolo de receptividad espiritual. Muchos oyen con los sentidos, pero pocos escuchan con el corazón. La exhortación indica que lo dicho a la iglesia de Filadelfia no es solo para ellos, sino para todos los que tienen oídos dispuestos en cualquier tiempo y lugar. Por eso añade: ***“lo que el Espíritu dice a las iglesias.”*** Aunque la carta está dirigida a una comunidad concreta, la voz que habla no es únicamente la del Cristo glorificado, sino la del Espíritu Santo que comunica su mensaje a todo el cuerpo de Cristo.

La Escritura no es un simple registro histórico ni un documento muerto, sino un texto vivificado por el Espíritu Santo, que sigue exhortando, corrigiendo y alentando a la iglesia. Es una invitación a la sensibilidad espiritual, a no leer estas palabras como mera información, sino como la voz viva de Dios para nuestra generación.

El Espíritu habla, pero no todos escuchan. Algunos tienen oídos, pero están cerrados por la dureza del corazón,

por la distracción del mundo o por la complacencia espiritual. Este versículo es una advertencia contra la sordera espiritual que, en los días finales, se convertirá en uno de los grandes peligros para el pueblo de Dios (**2 Timoteo 4:3 y 4**).

Este versículo también nos recuerda que la iglesia no puede vivir sin la dirección constante del Espíritu Santo. Cristo habla a las iglesias a través de su Espíritu, y solo aquellos que le escuchan pueden caminar en fidelidad y victoria. La tentación de depender solo de estructuras, programas, estrategias o tradiciones ha sido siempre fuerte, pero la vida verdadera de la iglesia está en oír y obedecer al Espíritu del Señor. Cada generación debe preguntarse: ¿seguimos siendo una iglesia con oídos abiertos, o nos hemos vuelto una iglesia sorda a la voz divina?

La iglesia de hoy necesita, más que nunca, oídos espirituales despiertos. En medio de voces que confunden, doctrinas que engañan y mensajes religiosos sin vida, el Espíritu sigue hablando, sigue recordando la verdad de Cristo, sigue llamando a la fidelidad. Pero Su voz solo hallará respuesta en los que tienen oído para oír. Y estos serán los vencedores que, un día, recibirán la corona de gloria y serán columnas en la casa eterna del Padre.

Oremos: *“Señor Jesús, gracias por ser el que abre puertas que nadie puede cerrar. Ayúdame a guardar Tu Palabra con fidelidad, a no negar Tu nombre en ningún tiempo ni circunstancia. Fortalece mi fe para que sea constante, aun cuando parezca tener poca fuerza ante el*

mundo. Hazme una columna firme en Tu iglesia, un testimonio vivo de Tu amor y poder. Que mi vida refleje la esperanza que brota de Tu puerta abierta, y que siempre avance con la certeza de que Tú vas delante, abriendo caminos de gracia y victoria. En Tu nombre confío y te amo. Amén.”



Capítulo siete

EL SEPTIMO MENSAJE PARA LA IGLESIA

De Laodicea a la actualidad

“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca...”

Apocalipsis 3:14 al 16

La carta a Laodicea inicia con una presentación única y solemne de Cristo, que prepara el terreno para la exhortación más dura dirigida a las siete iglesias. Cada título con el que Jesús se presenta contiene una revelación de Su persona y de Su autoridad para hablar y juzgar a la iglesia. Aquí aparecen tres descripciones majestuosas: el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios.

La primera, “*el Amén*”, es exclusiva de este pasaje y conecta directamente con **Isaías 65:16**, donde se habla del

“Dios de la verdad”, literalmente “el Dios del Amén”. Amén es una palabra hebrea que significa “verdad”, “certeza”, “así sea”. Cuando Cristo se llama a sí mismo “*el Amén*”, está declarando que en Él se cumplen todas las promesas divinas (**2 Corintios 1:20**). Él es la afirmación final de Dios al hombre, la palabra definitiva que no puede ser revocada ni contradicha.

La segunda descripción es “*el testigo fiel y verdadero.*” En **Apocalipsis 1:5**, Jesús ya había sido presentado como “*el testigo fiel*”, el que vino a dar testimonio perfecto del Padre, aun a costa de su propia sangre. En contraste con la iglesia de Laodicea, cuyo testimonio es ambiguo y sin fuerza, Cristo es la manifestación plena de la fidelidad y la verdad divina. Él no solo habla verdad, sino que es la verdad encarnada, y su testimonio es confiable porque proviene de una vida sin sombra de mentira ni pecado (**Juan 18:37**).

El tercer título, “*el principio de la creación de Dios*”, ha sido malinterpretado por algunas herejías que lo toman como si Jesús fuera una criatura, la primera obra creada. Sin embargo, el término griego “*arché*” no significa necesariamente “primero creado”, sino “fuente”, “origen”, “principio soberano”. Cristo no es parte de la creación, sino Su autor (**Juan 1:3; Colosenses 1:16 al 18**).

En una ciudad próspera como Laodicea, orgullosa de su riqueza y autosuficiencia, esta verdad era una bofetada a su vanidad espiritual, porque el Señor le estaba dejando en

claro que la iglesia no puede crear su propia vida ni su propia riqueza espiritual. Todo nace y se mantiene en Él, el principio y el fin de todas las cosas.

Muchas iglesias modernas, al igual que Laodicea, se han dejado seducir por la autosuficiencia, el prestigio social y el bienestar material, olvidando que la única autoridad y fundamento es Cristo. Necesitamos volver a escuchar la voz del Amén, del Testigo fiel y verdadero, del Principio de la creación. Necesitamos recordar que Su palabra es la última palabra sobre la iglesia, que Su testimonio es la medida de nuestra fidelidad, y que solo en Él está el origen y el sostén de nuestra vida espiritual.

Luego, Jesús realiza una afirmación clara y directa: **“Yo conozco tus obras.”** Aquí, el verbo *“ginosko”* (conocer) implica un conocimiento íntimo, profundo y personal, que no solo abarca lo externo sino el corazón y la intención detrás de las acciones. Las “obras” no son solo acciones visibles, sino el fruto que revela la condición interior del creyente.

Luego, les revela su diagnóstico: **“ni eres frío ni caliente.”** Esta doble negación es una imagen poderosa y paradójica, diseñada para revelar la mediocridad y la tibieza espiritual. En el mundo antiguo, el agua caliente era saludable y buscada para asearse; la fría, aunque no era agradable para el aseo en algunas temporadas, era refrescante y vital para beber. Pero el estado tibio *“lukewarm”* era desagradable, insípido, ni útil ni satisfactorio. Jesús lamenta

que Laodicea no haya escogido ni uno ni otro extremo, sino un estado intermedio, ambiguo y peligroso.

La expresión “*¡Ojalá fueses frío o caliente!*” contiene un deseo paradójico: sería mejor para ellos ser uno u otro, cualquiera de esos extremos, que la tibieza. Esto puede interpretarse así: sería preferible una negación abierta de Cristo o una fe ardiente, porque ambas opciones llevan a posiciones claras y decisiones definidas. Pero la tibieza, en cambio, es el peor estado, porque produce indiferencia, mediocridad y rechazo.

La imagen del agua tibia, usada por Jesús para describir la condición espiritual de Laodicea, es tan vívida que parece que pudiéramos sentirla en la boca. El agua tibia no calma la sed, ni refresca, ni reconforta. Es desagradable, inútil, incluso repugnante. Así es la iglesia que vive sin pasión, sin compromiso, sin fuego santo: una comunidad que ni atrae ni repele, que no tiene ni la fuerza de la negación ni la belleza del amor ardiente.

Esta tibieza espiritual tiene consecuencias graves porque implica apatía, conformismo y autocomplacencia. Laodicea estaba llena de riquezas materiales, pero espiritualmente estaba deshidratada, sin vida, incapaz de dar testimonio real. La tibieza indica una fe que ha perdido la radicalidad del Evangelio, una iglesia que se acomoda en la en los placeres y evita el sacrificio. En una sociedad donde el compromiso costaba la vida, la tibieza equivalía a una apostasía silenciosa, un rechazo velado de la verdad.

Jesús nos invita a reflexionar sobre nuestro propio estado espiritual: ¿somos fríos, tibios o calientes? No se trata solo de emociones, sino de la calidad y profundidad de nuestra relación con Él. La tibieza es un enemigo silencioso que puede infiltrar incluso la fe más genuina y convertirla en rutina vacía. Ser frío puede significar rechazo consciente, pero ser caliente es vivir con pasión, compromiso y amor vivo. Y ese amor vivo es la marca de los verdaderos discípulos.

“Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.”

Apocalipsis 3:16

El verbo griego usado para “vomitar” es “*ekkáto*”, que denota un rechazo absoluto y activo, no un simple disgusto pasivo. La imagen es tan fuerte que produce un impacto inmediato: la iglesia tibia no solo es desagradable a Cristo, sino que provoca un rechazo vehemente, como un alimento insípido que Su cuerpo rechaza por completo.

Esta expresión también tiene ecos proféticos en la Escritura, donde la pureza y la santidad son requisitos para estar en comunión con Dios (**Isaías 1:13 al 15; Jeremías 7:18 al 20**). Vomitar implica que la tibieza no puede coexistir con la santidad divina, y que la iglesia tibia está en peligro de perder su lugar de autoridad en el Reino. Aclaro que Jesús no estaba haciendo referencia a un supuesto rapto secreto, en el cual, en lugar de recibirla, la vomitaría para que quede a merced de los juicios terrenales.

En la vida cotidiana, vomitar algo es un acto reflejo que indica que ese alimento es nocivo o inútil para el cuerpo. Así, Cristo está diciendo que la tibieza de Laodicea es espiritualmente nociva, incapaz de sostener vida ni producir fruto. Su neutralidad, su falta de pasión, su complacencia con una religiosidad superficial son intolerables para el Creador.

Esta realidad es un llamado a la iglesia contemporánea. Muchas veces, la fe se convierte en una rutina sin fuego, un cumplimiento formal de actividades religiosas que no transforman el corazón ni mueven a la acción. La tibieza espiritual no solo es peligrosa, sino que puede llevar a la iglesia a perder la presencia vital de Cristo, el poder del Espíritu y el testimonio auténtico.

Este versículo nos confronta con la verdad incómoda de que no podemos permanecer en un estado de neutralidad espiritual sin consecuencias. La tibieza es un veneno para la comunión con Dios y para el testimonio en el mundo. Es una llamada a despertar, a decidir, a buscar la plenitud del Espíritu que da calor, vida y poder.

“Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.”

Apocalipsis 3:17

La iglesia de Laodicea estaba ubicada en una comunidad que vivía bajo la ilusión de la autosuficiencia y el bienestar material. La frase ***“Porque tú dices”*** señala que la

fuente de su estado espiritual es una autoevaluación errónea, un juicio equivocado sobre sí mismos. El concepto de: ***“Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad”*** refleja un orgullo autocomplaciente y un falso sentido de seguridad.

Laodicea era una ciudad famosa por su riqueza comercial y financiera, una de las más prósperas del Asia Menor, que gozaba de industrias textiles y bancarias. Por eso, esta declaración no solo describe una actitud espiritual, sino una realidad material concreta, que se había convertido en la base de su identidad y confianza.

El problema no es solo el tener riquezas, sino la confianza puesta en ellas, la ceguera espiritual que impide reconocer la verdadera condición delante de Dios. Ignoran que su riqueza no les garantiza nada en el plano espiritual ni en el eterno. La riqueza mal entendida puede convertirse en un peligro mayor que la pobreza, porque adormece la conciencia y oculta la necesidad de Cristo.

Mientras Laodicea se percibía como rica y autosuficiente, Cristo la describe con palabras que expresan su verdadera condición: ***“desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo...”*** Estos términos expresan la completa pobreza espiritual en la que se encontraban, en contraste con la riqueza aparente. Son cinco adjetivos que describen una situación desesperada, no por carencia material, sino por la falta de comunión con Dios, la falta de gracia y la pérdida del camino.

Esta declaración es un recordatorio bíblico clásico de que la verdadera riqueza no se mide por lo material, sino por la gracia y la presencia de Dios (**Lucas 12:15; 1 Timoteo 6:17 al 19**). El autoengaño espiritual puede ser más peligroso que la pobreza, porque cierra la puerta al arrepentimiento y a la búsqueda sincera.

“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.”

Apocalipsis 3:18

Este versículo es una de las más hermosas y profundas exhortaciones del mensaje a Laodicea, ofreciendo no solo repreensión, sino también un camino de restauración y esperanza. Cristo, después de exponer la condición deplorable de la iglesia, ofrece un consejo divino para salir de la crisis espiritual.

La frase ***“Por tanto, yo te aconsejo”***, muestra la intención pastoral y misericordiosa de Cristo, quien no solo juzga, sino que también guía hacia la salvación y la renovación. El uso del verbo griego *“boulomai”* denota un deseo firme, una voluntad deliberada de ayudar a la iglesia a cambiar.

El primer consejo es ***“compra de mí oro refinado en fuego, para que seas rico.”*** Este oro no es material, sino un símbolo bíblico de la verdadera riqueza espiritual, probada y

purificada por el fuego de la tribulación (**Job 23:10; 1 Pedro 1:7**). El oro refinado representa la fe genuina y la santidad que solo Dios puede producir en el corazón a través del proceso de purificación y prueba. Cristo invita a la iglesia a adquirir de Él esta riqueza eterna, que no depende de bienes terrenales sino de gracia divina.

Luego, Cristo aconseja comprar ***“vestiduras blancas para vestirte”***, símbolo de justicia, pureza y victoria espiritual (**Apocalipsis 7:9; 19:8**). Las vestiduras blancas representan la cobertura que Dios da al creyente para ocultar su desnudez espiritual y restaurar su dignidad ante Él.

Finalmente, la exhortación ***“unge tus ojos con colirio, para que veas”***, es una imagen poderosa de la necesidad de claridad espiritual. La iglesia estaba espiritualmente ciega, incapaz de reconocer su verdadera condición y la urgencia del arrepentimiento. El colirio simboliza la sabiduría y el discernimiento que el Espíritu Santo otorga para ver la realidad y las cosas espirituales (**Efesios 1:17 y 18**). Cristo ofrece no solo la luz para caminar, sino la visión clara para entender su necesidad.

“Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete...”

Apocalipsis 3:19

Jesús revela una de las verdades más profundas y a veces difíciles de aceptar sobre la relación entre Dios y Su pueblo: la disciplina es una expresión del amor divino. La

frase **“Yo reprendo y castigo a todos los que amo”**, combina dos términos con matices diferentes. “Reprender” implica corrección, enseñanza, advertencia; “castigar” se refiere a la disciplina que busca corregir una conducta errónea, no a un castigo punitivo sin propósito.

El verbo **“amo”** aquí es fundamental para comprender el sentido de esta disciplina. Dios no corrige a los que desprecia o ignora, sino a aquellos a quienes considera suyos, a quienes ha llamado a vivir en comunión con Él. Esta disciplina es un acto de amor paternal, diseñado para restaurar, fortalecer y preservar la vida espiritual del creyente (**Hebreos 12:6**).

El mandato siguiente, **“sé, pues, celoso”**, utiliza el término griego **“zelóo”**, que puede traducirse como “ser ferviente”, “ardiente”, “tener celo”. Es una exhortación a responder a la corrección divina con un celo santo, con una pasión renovada por la pureza, la fidelidad y el amor a Dios. El celo es la antítesis de la tibieza, el motor que impulsa al creyente a vivir en obediencia y compromiso.

Finalmente, el llamado al cambio es claro y urgente: **“y arrepíentete.”** La palabra griega **“metanoía”** implica un cambio radical de mente, corazón y conducta. El arrepentimiento no es solo remordimiento, sino una transformación genuina que restaura la comunión con Dios y abre la puerta a la gracia y a la renovación espiritual. Este versículo encapsula la dinámica del amor divino que corrige

para salvar y el llamado del hombre a responder con humildad y decisión.

El amor de Dios se manifiesta en la corrección, y aceptar esa corrección con humildad es signo de madurez espiritual. La iglesia que vive en celo y arrepentimiento es una iglesia viva, auténtica y victoriosa. Por eso, este llamado sigue siendo vital para nosotros hoy: ser fervientes, celosos en nuestra fe, y siempre dispuestos a arrepentirnos y volver a la senda de la verdad.

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.”

Apocalipsis 3:20

La frase ***“Yo estoy a la puerta y llamo”*** sugiere cercanía y persistencia. No es un llamado lejano o impersonal, sino una presencia constante, un Salvador que está tocando suavemente a la puerta del corazón de Su pueblo, evidenciando que lo han dejado fuera. Este no es un llamado a los impíos, como algunos pretenden y predicán; este es el clamor de un Cristo que debería ser honrado en la iglesia, y evidentemente nadie se había percatado de que simplemente estaba fuera.

El llamado está dirigido a ***“alguno que oye mi voz”***. Esto retoma la idea del versículo **13** y anteriores: la necesidad de oír la voz del Espíritu. No es suficiente con que Cristo llame; es indispensable que el hombre escuche y responda.

La escucha es un acto activo, una apertura de la voluntad y del corazón a la presencia divina.

La promesa que sigue es una de las expresiones más tiernas y profundas de comunión en la Biblia: ***“entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.”*** Comer juntos en la cultura hebrea es símbolo de comunión, intimidad y aceptación. No es simplemente compartir alimentos, sino establecer una relación de mutua pertenencia y amor.

“Al que venciere, le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.”

Apocalipsis 3:21

La frase ***“Al que venciere”*** hace referencia al creyente que persevera en la fe, que supera las pruebas, tentaciones y ataques espirituales. El concepto de “vencer” es recurrente en Apocalipsis y se asocia con la fidelidad hasta el fin (Apocalipsis 2:7, 11, 17, 26). La promesa ***“le daré que se sienta conmigo en mi trono”***, es una invitación a la comunión real y plena con Cristo. Sentarse en un trono implica autoridad, honor y participación en el gobierno. No es un premio trivial, sino una unión íntima y eterna con el Rey de reyes, compartiendo Su gloria y Su poder.

La frase ***“así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en Su trono”***, conecta esta promesa con la victoria de Cristo mismo, quien, por medio de su sacrificio y resurrección, venció al pecado, la muerte y a Satanás. Su

triunfo le ha otorgado la posición de autoridad junto al Padre, y ahora ofrece a sus seguidores esa misma participación en Su reinado.

Este pasaje reafirma la esperanza escatológica del creyente y su llamado a la perseverancia fiel. ***“El Trono”*** no es solo un símbolo de poder, sino también de comunión plena con Dios en la eternidad. La promesa consolida la identidad del vencedor como alguien que comparte la naturaleza y el destino de Cristo.

Este versículo también es un recordatorio de que el Reino de Dios no es solo un futuro distante, sino una realidad presente a la que estamos invitados a entrar en comunión con Cristo. Sentarnos con Él en su trono es una experiencia de poder espiritual, autoridad y cercanía con el Padre, que comienza aquí y ahora en la vida del creyente fiel.

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

Apocalipsis 3:22

Este versículo finaliza el mensaje a la iglesia de Laodicea y, en realidad, cierra todos los mensajes dirigidos a las siete iglesias en el Apocalipsis. Y nuevamente, necesito aclarar que la expresión ***“El que tiene oído”***, no se refiere únicamente a la capacidad física de oír, sino a la disposición espiritual para escuchar y comprender lo que el Espíritu Santo comunica. Es un llamado a la sensibilidad espiritual, a la atención receptiva y obediente.

La frase *“oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”*, enfatiza la fuente de la autoridad y la verdad que se ha transmitido en los mensajes: no provienen de meras ideas humanas, sino del Espíritu Santo, quien habla directamente a las iglesias. Esta instrucción implica que la comunicación es vital, continua y aplicable a todas las comunidades de fe.

Al final, este versículo resuena como un recordatorio para cada creyente de que el discipulado cristiano es un proceso dinámico, donde la escucha constante y la respuesta al Espíritu son vitales para el crecimiento y la madurez espiritual. La iglesia que escucha y responde es una iglesia viva, activa y victoriosa.

Oremos: *“Señor Jesús, reconozco mi tibieza y mi necesidad de Ti. Te abro la puerta de mi vida; quiero que entres, que cenes conmigo, que transformes mi corazón. Dame oro refinado en fuego para ser verdaderamente rico en fe, vísteme con Tus vestiduras blancas para cubrir toda vergüenza, y unge mis ojos con Tu colirio para ver con claridad Tu verdad. Enciende en mí un fuego que no se apague, una pasión que me impulse a seguirte con todo mi ser. No permitas que la comodidad ni la indiferencia apaguen mi amor por Ti. Hazme ardiente, fiel y valiente para alabanza de Tu gloria. Amén.”*



CONCLUSIÓN FINAL

Una Iglesia viva, despierta y apasionada

Los mensajes a las siete iglesias de Asia Menor no son meros documentos históricos, sino un espejo en el que la Iglesia actual puede contemplar su reflejo con sinceridad y esperanza. Estas cartas, dictadas por Jesucristo mismo, nos llaman a un examen profundo, a una autoevaluación sincera y a una renovación urgente que debe impactar nuestras vidas y comunidades en todos los niveles.

Desde Éfeso hasta Laodicea, cada iglesia fue llamada a responder a desafíos concretos que hoy, a pesar del tiempo y la distancia, permanecen vigentes en medio de la complejidad y los cambios de nuestra época. No podemos separar la historia de la Escritura de nuestro presente, porque el Espíritu que inspiró esos mensajes sigue hablando a la Iglesia, invitándonos a vivir no como entidades estáticas, sino como organismos dinámicos y transformados por la gracia de Dios.

Recordemos la iglesia de Éfeso, que había dejado su primer amor. Allí está el llamado a reencontrar la pasión original, esa chispa divina que nos hace arder por Jesús con un amor incondicional y una entrega sin reservas. ¿Cuántas veces, como iglesia o como creyentes, hemos permitido que la rutina y la formalidad apaguen esa llama? ¿Cuántos programas, actividades y tradiciones se han convertido en

muletas que sustituyen la experiencia viva del amor de Cristo?

Luego está Esmirna, la iglesia que sufrió persecución y pobreza, pero permaneció fiel. Su mensaje nos anima a resistir con valentía en medio del sufrimiento y la adversidad, a no dejarnos intimidar ni engañar por las circunstancias, porque la recompensa eterna está garantizada. En tiempos donde la fe es puesta a prueba por distintas formas de oposición, esta iglesia nos enseña el valor de la fidelidad, la paciencia y la esperanza.

Pérgamo nos recuerda el peligro de acomodarnos y aceptar doctrinas que contaminan la pureza del Evangelio. La iglesia, en medio de una ciudad con poderes satánicos y sistemas corruptos, fue advertida contra la tolerancia hacia enseñanzas que alejaban de la verdad. Para nosotros, esta es una advertencia vital: debemos cuidar la sana doctrina, discernir los tiempos y proteger la integridad de la fe sin diluirla por presión social o tendencias pasajeras.

Tiatira, con su llamado a la pureza y al discernimiento frente a la influencia de falsos profetas, nos insta a mantenernos firmes en la verdad y en la santidad, resistiendo la tentación de permitir que enseñanzas falsas, o prácticas contaminantes, se infiltren en nuestras iglesias. La fidelidad a la Palabra y al Espíritu Santo es la garantía de una iglesia que crece en madurez y en el amor genuino.

Sardis nos llama a despertar del letargo espiritual, a no confiar en una reputación sin vida. Hoy más que nunca es urgente que la Iglesia examine si realmente está viva en Cristo, si su testimonio es auténtico o si ha caído en una tibieza peligrosa. La invitación es a una vigilancia constante, a un arrepentimiento sincero y a un avivamiento que transforme desde dentro.

Filadelfia nos presenta la esperanza y la promesa de una puerta abierta que nadie puede cerrar. Aunque pequeños y con poca fuerza, los fieles mantienen la palabra y el nombre de Cristo sin negarlos. Este mensaje nos invita a confiar en la soberanía y provisión de Dios, a avanzar con valentía y esperanza en la misión que Él nos ha confiado, aun cuando las circunstancias parezcan adversas.

Finalmente, Laodicea nos confronta con la realidad más peligrosa: “la tibieza”. La indiferencia espiritual, la autosuficiencia y el orgullo son venenos que destruyen la comunión con Dios y la efectividad del testimonio cristiano. El llamado es a reavivar la pasión, a abrir la puerta del corazón a Cristo, y a dejar que Él transforme nuestra pobreza en riqueza espiritual, nuestra ceguera en visión clara y nuestra desnudez en vestiduras de justicia.

Al integrar estos mensajes, comprendemos que la Iglesia no es un organismo estático ni una institución cerrada en sí misma. Es un cuerpo vivo llamado a amar sin reservas, a perseverar sin desfallecer, a discernir sin confundirse, a despertar sin adormecerse, a avanzar con esperanza y a vivir

con pasión. Cada creyente es parte fundamental de este cuerpo, llamado a reflejar la gloria de Dios en su generación.

Pero también implica un compromiso profundo, personal y comunitario. No basta con leer estas cartas o admirar su sabiduría. Debemos permitir que penetren en nuestro corazón, que nos cuestionen, que nos renueven y que nos transformen. La Iglesia actual debe ser espejo de estos mensajes, no solo en la teoría, sino en la praxis diaria.

Esto significa cultivar un amor sincero por Cristo y por el prójimo, que se traduzca en acciones concretas de servicio y entrega. Significa resistir las tentaciones de la mediocridad y la superficialidad, buscando la excelencia espiritual y la integridad doctrinal. Implica ser valientes frente a las dificultades, confiando en la fidelidad de Dios que sostiene y guarda a los suyos.

Además, nos desafía a vivir una fe auténtica que no teme el cambio ni la confrontación cuando es necesaria. Una iglesia que sabe arrepentirse, que reconoce sus errores y que se esfuerza por ser más semejante a Cristo cada día. Un pueblo que vigila y ora, que está alerta ante las trampas del enemigo y que se mantiene firme en la verdad y en el amor.

El mensaje final para la iglesia hoy es claro y poderoso: no estamos llamados a ser una iglesia cualquiera, tibia o dormida. Estamos llamados a ser una iglesia viva, despierta, apasionada y victoriosa. Una iglesia que mantiene la puerta abierta para el Espíritu Santo y para el mundo que

necesita ver reflejado en nosotros el amor transformador de Dios.

Que estas cartas sean para nosotros un manantial de inspiración y un llamado constante a la fidelidad, la renovación y la esperanza. Que no olvidemos jamás que Jesús está en medio de nosotros, hablando, llamando, corrigiendo y alentando, con el propósito de que seamos Su pueblo, Su iglesia santa y gloriosa.

Hoy es tiempo de responder a ese llamado con corazón humilde y espíritu ardiente. Que la gracia de Dios nos fortalezca, que el amor de Cristo nos impulse y que la comunión del Espíritu Santo nos guíe en el camino que conduce a la vida eterna y a la expansión de Su Reino.

Vivamos como una Iglesia que no solo tiene nombre, sino que tiene vida; que no solo tiene actividad, sino pasión; que no solo tiene historia, sino futuro en la promesa fiel de su Señor.

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

Apocalipsis 3:22



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

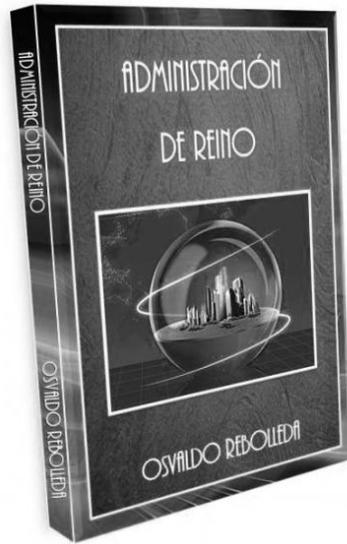
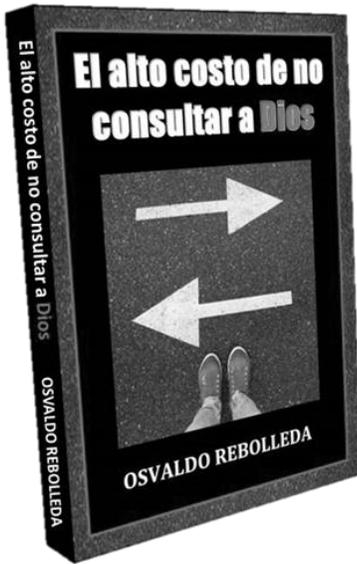
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

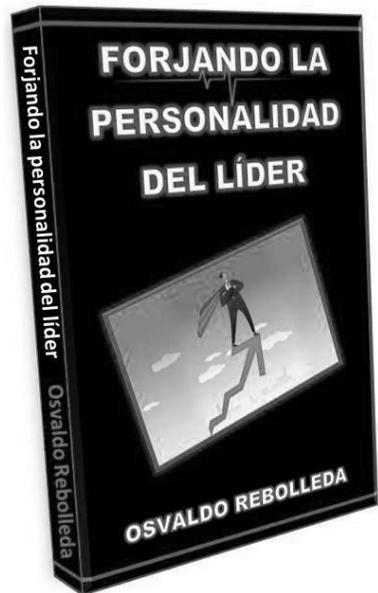
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



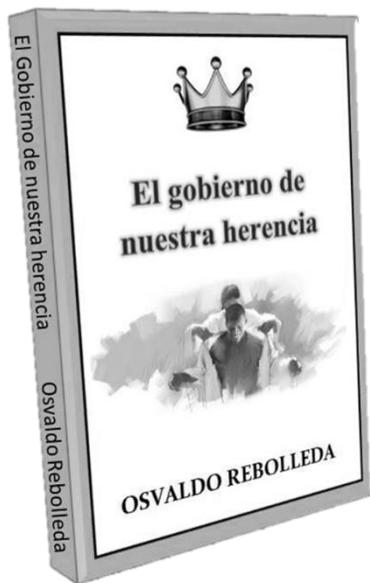
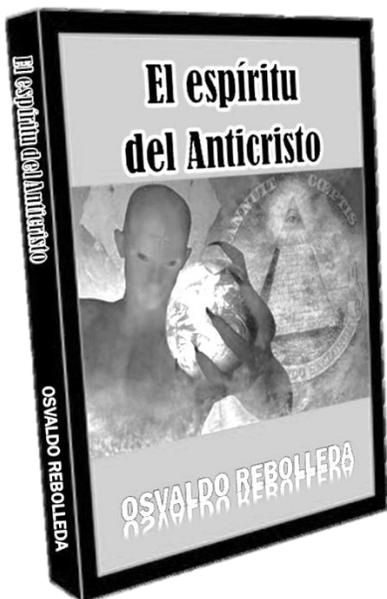
www.osvaldorebolleda.com



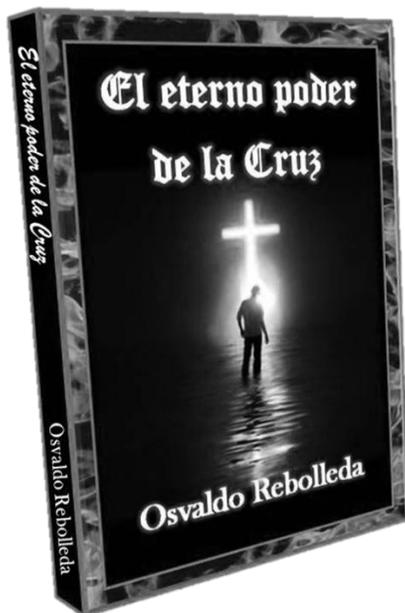
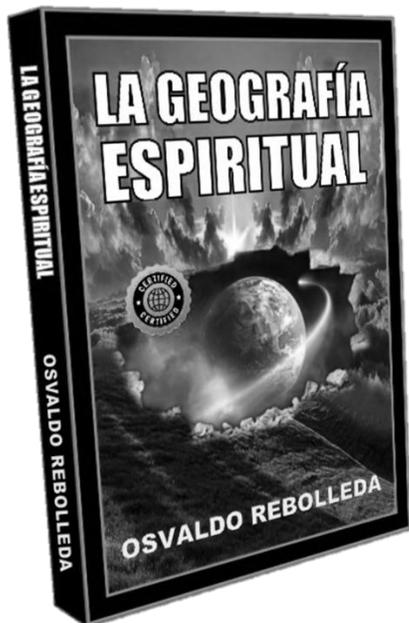


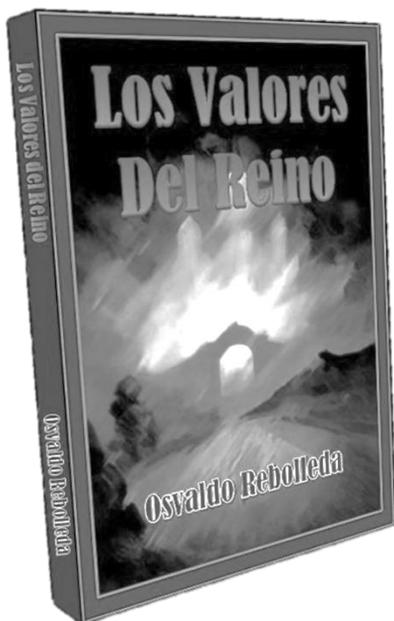
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

